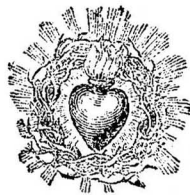


EL HIJO DE MARIA

ó

UNA CONVERSION.



Lucce,

Imprenta pública de Castilla.



1845.

EL NIÑO

DE

MARIA

UN HERMANO MAS.

EL HIJO DE MARIA

UN HERMANO MAS.

SEGUNDA EDICION

AUMENTADA

CON LA VIDA Y CONVERSION DE MARIA RATISBONA ESCRITA
POR ÉL MISMO.

*Et non est qui posit tuæ resistere
voluntati, si decreveris salvare Israel.*

¡Quien podrá Señor oponerse á vuestra vo-
luntad, si habeis resuelto salvar á Israel!

(ESTHER CAP. 13.)

TRADUCIDA

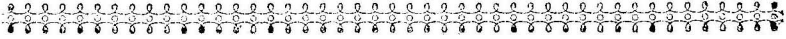
POR

M. F. A.

SUCRE,

Imprenta pública de Castillo.

1845.



EL TRADUCTOR.



La lectura de la conversion milagrosa del Judío Alfonso Ratisbona no puede dejar de inspirar el interes mas grande; ya se considere el asunto mismo, ó la forma en que está presentado.

La súbita revolucion de ideas en un jóven, rodeado por su posicion de impresiones agradables, y extraño por lo mismo á todo pensamiento sério; de un jóven que profesaba el indiferentismo relijioso, pero fuertemente animado contra la Religión Católica, porque le atribuía el estado de degradacion, en que despues de tantos siglos se halla el pueblo judaico, y mas particularmente por haber entrado en ella su hermano Teodoro; es ciertamente un suceso que llama la atencion de los hombres mas frívolos. Pero si se considerara, que al entrar tambien él en la misma relijion, no se le presenta en cámbio del risueño porvenir que sacrifica, de la renuncia que tal vez tendrá que hacer de su enlace con la jóven, á quien habia consagrado su corazon, mas que deberes

austéros que cumplir, y una vida entera de privaciones y de abnegacion; ya ese mismo suceso tiene á los ojos del hombre que medita, un caracter tal, que solo puede explicarse por un milagro. Por un milagro: porque sin un trastorno de las leyes comunes del orden moral, no está en la marcha ordinaria del corazon humano, abrazar de un momento á otro con ardor esa misma religion; poco antes objeto de antipatias, y de una fuerte animosidad. Es moralmente imposible, digo, abrazar sin un impulso sobrenatural, una religion que solo ecsije privaciones dolorosas; que manda arrostrar los juicios del mundo, y presentarse á ser el blanco de la censura, del ridiculo, y de los sarcasmos de la jente del gran tono. En la conversion de Ratisbona hai una circunstancia mas que contribuye á ecsitar el interes jeneral. Ha sucedido en nuestros dias y puede decirse casi á nuestra vista; tiene todas las cualidades que constituyen la rigurosa certidumbre moral. Sucedió en Ronca, teniendo por testigos á todos los habitantes de aquella populosa ciudad; la verdad del hecho no ha sido contestada por nadie, y existen entre nosotros algunos que se hallaron allí cuando el suceso.

Mas si esta lectura es interesante para las personas religiosas, el literato no puede tampoco dejar de apreciarla. La narracion del Baron Teodoro de Bussierre, y la del mismo Alfonso son notables por las bellezas de un estilo sin afectacion, animado con las escenas que presenta, sentimental y tierno en muchos pasajes; y en el cual domina constantemente el tono de uncion religiosa, que no podian dejar de sentir, ni el testigo principal de suceso tan extraordinario, ni el jóven que habia elegido la Providencia para que diera testimonio de las obras de ese poder, que en un solo momento deja confundidos los consejos de la impiedad, y de la falsa sabiduria del mundo. Esta obrita reune, pues, quanto en su jénero puede ecsigir un gusto correcto y delicado.

Crei por tanto que traduciéndola, haria alguna cosa útil. A los ojos de la multitud toda traduccion no es mas que un trabajo material; pero los inteligentes saben bien, que

(III)

trasladar una composicion de cualquier lengua á otra, sin que se resienta la pureza de esta última; cuesta algo. Saben que traducir es presentar los pensamientos del orijinal en todo su vigor, pero sin sujetarse á una observancia servil de las mismas formas en que los presentó el autor; sin desviarse de lo que ecsije el jenio de la lengua nativa; sin que se advierta el esfuerzo que ha costado dar á concepciones literarias de otro país un traje, digámoslo así, nacional; y por último sin que sufran la correccion y la fluidéz del estilo.

No me lisonjeo de haber hecho una traduccion cumplida; pero espero que disculpe en parte mis desaciertos el corto plazo con que se me confió el único ejemplar del orijinal frances que ha llegado á nosotros.



(iii)

DECLARACION.

Asegurando que todos los hechos comprendidos en mi relacion son de la mas rigurosa esactitud, y en todo conformes á la verdad; declaro en observancia del decreto de Urbano VIII que los creo, como se creen los hechos humanos, por motivos esclusivamente deducidos de la razon.

ROMA FEBRERO 17 DE 1842.

El Baron de Bussierre.



Et omnis plebs, ut vidit, dedit laudem Deo.
Y todo el pueblo que lo habia visto, bendijo al Señor (SAN LUCAS 18).

Aquel, que en el camino de Jericó, se habia servido en otro tiempo de un poco de barro para abrir a la luz los ojos del ciego de nacimiento; ese mismo Cristo permitió que yo fuera testigo principal de un suceso sin duda extraordinario, si se le considera únicamente á la luz de la razon.

Refiero un hecho incontestable, cuento lo que han visto mis ojos, lo que asegurará una multitud de testigos respetables, lo que no podrá creer Strasburgo; y lo que Roma entera ha visto con admiracion. Un hombre que en el goze de su plena razon y de sus facultades, habia entrado judío obstinado en una Iglesia, por un golpe de la gracia, semejante al que en el camino de Damasco derribó en tierra á Saulo; salió de esa misma Iglesia, diez minutos despues, enteramente convertido, y de todo corazon católico.

Hácia fines del Otoño de 1844, un jóven de una familia distinguida de Strasburgo, habia llegado á Nápoles, para pasar al Oriente con el objeto de viajar, tanto por su salud, como por recreo. Al dejar su patria habia sentido un pesar profundo, porque en ella quedaba su desposada, una jóven amable y hermosa, á la cual consideraba como un tesoro de esperanzas. Esa jóven era sobrina suya; pero un sentimiento mútuo, mas poderoso, que puras conveniencias de familia, habia influido en el enlace proyectado.

Alfonso Ratisbona era Israelita; y destinado á ocupar una posicion mui brillante, no pensaba mas que en consagrar todos sus esfuerzos á la *rejeneracion* de sus correligionarios. En este solo objeto estaban concentradas todas sus ideas y esperanzas; porque no podia ver sin indignarse nada de cuanto recuerda esa maldicion, que incesantemente gravita sobre todos los descendientes de Jacob. Harán quince

años, que siendo niño aun habia sufrido el golpe mas sensible en sus afecciones. Teodoro Kadisbona, su hermano, se habia convertido á la Religion Católica, y recibido despues el caracter de presbitero. Lejos de que el tiempo hubiese podido cicatrizar tan profunda herida, se le agravaba mas cada momento; y lejos de perdonar á su hermano, solo veia en él un transfuga, contra quien estimulaba incesantemente el resentimiento de toda la familia.

El bello cielo de Nápoles no habia podido hacer que Alfonso se olvidara del Oriente, término de su viaje, ni de la felicidad que lo esperaba al regresar á su patria. No le quedaban ya sino pocos meses, para recorrer Sicilia, Malta, y Constantinopla; porque en el Verano de 1842 debia celebrar ese enlace que iba á fijar su posicion, y asegurar su porvenir entero. Salió pues una mañana, decidido á contratar sin mas demoras, su pasaje en el vapor que debia conducirlo á Palermo; mas en el camino se le ocurre la idea de que aun no habia visto á Roma, y que casado á su regreso, engolfado en los negocios, asociado tal vez á la casa de su tio, ya no podria probablemente volver á Italia. Ocupado de estas reflexiones entra en la oficina de las diligencias, contrata un asiento, y tres dias despues se halla en Roma. Mas su voluntad resuelta, su partido irrevocable es de regresar á Nápoles á los quince dias. Cuantas maravillas puede ostentar la *Ciudad eterna* no lo detendrán mas tiempo; porque el Oriente, y su novia querida lo esperan.

Ya tenemos á Alfonso visitando las ruinas, las Iglesias, las galerias; reuniendo en su diario, como curioso viajero, sus correrias por la ciudad, las impresiones que le cesitan, y cuantos recuerdos consagra una confusa tradicion. No vé la hora de salir de Roma, que mas que por curiosidad, vino á ver por un movimiento interior, que él mismo no puede explicar. Partirá al dia siguiente; pero antes resuelve hacer una visita de despedida á su antiguo amigo Gustavo de Bussierre, educado con él en el mismo Colegio, compañero de su infancia, y á quien lo ligan lazos de

amistad, no obstante la oposicion de ideas relijiosas. Gustavo mi hermano; celoso protestante, y de la secta de los *pietistas*, habia intentado muchas veces atraer á sus ideas al jóven Israilita; pero las discusiones terminaban siempre con estas dos palabras, que espresan á lo vivo la situacion moral de ambos interlocutores: *furioso protestante* decia el uno, *encaprichado judio* le respondió el otro.

Ratisbona, que no habia encontrado á mi hermano, porque se hallaba cazando, vino á mi casa; resuelto á no entrar, y dejar solo una tarjeta. La casualidad, ó mas bien la Providencia, permitió que se encontrase con un criado italiano; mas no entendiéndole este bien, lo introdujo, con gran repugnancia suya, al salon.

Hasta aquel momento solo nos habiamos visto una vez en casa de mi hermano, sin que todos mis esfuerzos por insinuarme en su amistad, me hubiesen podido obtener de Ratisbona mas que la fria politica de un hombre bien educado. Sin embargo, como al amigo de Gustavo, como al hermano del Abate Ratisbona mi intimo amigo, le recibí con el mayor agrado, le hablè de sus viajes; y èl me dió cuenta de cuanto habia visto, y de las impresiones que habia sentido en ellos. *Me sucedió, dijo, una cosa bastante extraordinaria; y fué que al visitar la Iglesia de Araceli en el Capitolio, me sentí sobrecojido de una profunda conmocion, que no sabia á que atribuir. Mi paje que lo habia advertido, me preguntó, que era lo que tenía, y si queria retirarme; añadiendo que muchas veces habia observado, que otros estranjeros sentian la misma emocion.*

Al hacerme Ratisbona esta confianza, mis miradas llenas de alegria, parecian decirle: *tú serás de los nuestros*; porque con una intencion bien mareada se dió prisa á afirmar que aquella impresion habia sido puramente relijiosa, pero no cristiana. *Hai mas, añadió, al bajar del Capitolio, un espectáculo mui triste reanimó todo mi odio contra el Catholicismo. Atravesádo el Ghetto y contemplando la miseria y la degradacion de los judios, me dije á mi mismo, «despues de todo,*

vale mas estar al lado de los oprimidos, que al de los opresores". Nuestro dialogo iba á parar en una discusion: un impulso interior me estimulaba á hacerlo partieipar de mis convicciones católicas; pero riendose él de mis esfuerzos, y manifestando una compasion mezclada de política á mi supersticion, me respondió, *que habia nacido judio, y moriria judio*. Entonces me ocurrió una idea extraordinaria, una idea celestial, que los sabios del mundo habrian llamado locura. *Ya que es U. un espíritu fuerte, y tiene tanta seguridad de sí mismo, prométame llevar consigo lo que voi á darle.—Sepamos de que se trata.—Nada mas que de llevar; consigo esta medalla; y al mismo tiempo le presentó una medalla de la Virgen milagrosa*. A estas palabras dió algunos pasos atrás con cierta sorpresa mezclada de indignacion; pero conservando yó mi sangre fria, le dije. *Segun las ideas de U. lo que le propongo debe serle del todo indiferente; y en condescender conmigo me dará mucho gusto.—Sino es mas que eso, dijo él riendose á carjadas, lo haré para probar que se acusa injustamente á los judios de tenacidad y obstinacion en sus ideas. Ademas que me proporciona U. un curioso asunto para mis notas y publicaciones de viajes*. Siguió despues de estas con otras chanzas, que siendo para mi blasfemias, me llenaban de amargura el corazon.

Mas entretanto le puse al cuello una cinta, á la cual mis pequeñas hijas habian atado la medalla bendita mientras duró el dialogo. Me restaba aun sin embargo lo mas difícil, que era hacerle consentir en que repitiera la piadosa invocacion de S. Bernardo: *Memorare ó piissima Virgo...* mas como este ataque era ya demasiado brusco, se me negó positivamente con un tono que parecia decirme: *vaya que el hombre es bien impertinente*. Entretanto arrastrado yó por un impulso interior, no podia menos de luchar encarnizadamente, si puede decirse así, con sus reiteradas negativas. Seguí, pues, presentándole la oracion, y suplicándole que la llevara y tuviese la bondad de copiarla; porque no tenia otro ejemplar. Entonces con un movimiento de mal humor y de ironía, y como para librarse de mis importunidades me dijo:

en hora buena la escribiré; U. se quedará con mi copia, y yo con el ejemplar. Al decir esto se retiró murmurando en voz baja: *vaya que el hombre es orijinal y bien indiscreto. ¿Qué diría si yo lo atormentase así, por hacerle rezar una de mis oraciones judaicas?*

Al retirarse, nos quedamos mi muger y yo en silencio, y mirándonos el uno al otro. Aflijidos con las blasfemias que acababamos de oír, pedimos al cielo perdon por aquel jóven; encargádo á nuestras dos hijas pequeñas que por la noche rezasen el *Ave Maria* para la conversion de Alfonso. Las circunstancias posteriores á aquella visita son de tal importancia para dar testimonio de la obra del Señor; que juzgo un deber mio referir individualmente todo lo que hice, lo que hizo Ratisbona, desde el dia en que llevó el *Memorare* hasta el momento en que la Madre de las misericordias rasgó la venda que no le dejaba ver; hasta aquel en que tuvo la felicidad de hacer, en presencia de todos, profesion de la Fè Católica.

Aunque asombrado de mis instancias, habia copiado aquella Oracion de tan poderosa eficacia para mí; la leía y releía, por descubrir que era lo que me la hacia tan apreciable. Afuerza de leerla, la sabia casi de memoria; se le venia cada instante al pensamiento y la repetía maquinalmente, como se repiten los aires de Opera, cantandolos entre dientes, y casi con impaciencia.

En cuanto á mí, estaba sorprendido de lo que acababa de pasarme con un hombre, á quien habia hablado aquel dia por primera vez. No podia comprender que fuerza interior era la que me impelia hácia él, y que, á pesar de todos los obstáculos y de su obstinada resistencia, me daba lá conviccion íntima, inesplicable, de que Dios le abriria los ojos; tarde ó temprano; decidiéndose en consecuencia á impedir su partida á toda costa.

Por la tarde fui á visitarlo en el *Hotel Serni*; y como no lo encontrase, lo invité por una esuela á que tuviera la bondad de venir á mi casa el dia siguiente domingo

á las diez y media de la mañana. Aquella misma tarde, er que, segun una piadosa costumbre de Roma, debia velar al Santisimo Sacramento, con el Principe M. A. B. y otros amigos, les recomende juntasen sus oraciones con las nias para alcanzar de Dios la conversion de un judio.

DOMINGO 16 DE ENERO.

Ratisbona vino con puntualidad á la hora de la cita, y me dijo con su aire desembarazado: *supongo que habrá U. olvidado ya sus sueños de ayer. Vengo á despedirme, porque esta noche me voi.—Mis sueños. eh! lo que U. quiere llamar así, me ocupa mas que nunca. No hablemos de su partida; porque es absolutamente preciso diferirla por ocho dias.—Imposible, porque ya tengo contratado mi asiento.—Qué importa eso? irémos á la oficina de las dilenencias á decir que ya no se vá U.—Por esta vez no puedo ser condescendiente; pues estoi decidido á marcharme.—Pues yo lo estoi á no dejarlo irse, aunque sea echándole llave en mi cuarto. Entonees le hice presente que no era regular irse de Roma sin haber visto antes una funcion en la Iglesia de S. Pedro; para lo cual tendria ocasion dentro de pocos dias. En una palabra lo llevè como por fuerza á hacer borrar su nombre de la lista de los viajeros, y lo conduje despues á la Iglesia de los Agustinos, y á la de Jesus.*

Comiendo aquel mismo dia en el palacio *Borghesse* con el Señor Conde de *La-Ferronnays*, le comuniqué el asunto que me ocupaba por el momento; y encomendè en sus oraciones á mi jóven Israelita. En la confianza de aquella intima conversacion, me habló el Conde de la esperanza que habia tenido siempre en la proteccion de la Virgen, aun en la época en que las agitaciones de la politica no le permitian practicar esa piedad, de que nos dió ejemplo en los últimos años de su vida. *Tenga U. confianza*, me dijo, repetidas veces, *como diga el Memorare es de U, y no solo él sino otros mas.*

LUNES 17 DE ENERO.

Ratisbona vino á buscarme para pasear juntos; observè con tristeza lo poco que adelantaba en nuestras conversaciones. Lo encontrè siempre hostil y denigrante contra el catolicismo; siempre dispuesto á eludir con tono burlesco los argumentos, que no queria tomarse el trabajo de refutar.

Aquella noche, como á las once, murió casi repentinamente M.^r de La-Ferronnays, dejando á los amigos á quienes habia edificado con el fervor de sus últimos años, y á su familia desolada el ejemplo de sus virtudes; y el consuelo de que Dios lo habia llamado, por ser un fruto sazonado ya para el Cielo. Habitado largo tiempo á amarlo como á un padre, tomè parte en las lagrimas de su familia, y en los tristes deberes propios de tan dolorosa circunstancia; pero Ratisbona no podia separarse de mi memoria, ni aun cerca del fèretro de mi amigo.

MARTES 18 DE ENERO.

Habiendo pasado gran parte de la noche con aquella familia atribulada, y comprendiendo, mejor que nadie toda la intensidad de su dolor; no me atrevia á separarme de ella. Sin embargo, sijo mi pensamiento siempre en Ratisbona, parecia que una mano invisible me impelia á buscarlo; no podia ni separarme de los restos de mi amigo, ni alejar el recuerdo de aquel jóven, que queria conquistar para mi fe. El Señor Abate G. en quien la Providencia habia deparado á la familia *La-Ferronnays* un anjel custodio, y un consolador, informado por mi de la lucha interior que padecia; *vaya U. me dijo, y continué su obra cierto de que nos conformamos con las intenciones de M.^r de La-Ferronnays, que con tanto ardor ha pedido al cielo por la conversion de este jóven.*

Ya me hallo de nuevo en busca de Ratisbona, ya me apodero de él, y me pongo á hacerle ver las antigüedades relijiosas, para fijar su atención en las verdades Catolicas; pero

todo envano. Le hice visitar segunda vez la Iglesia de Araceli; mas si acaso volvió á sentir alguna impresion, debió ser muy pasajera. Escuchaba friamente todas mis reflexiones, y no me respondia sino, con estas chanzas: *pensaré despacio sobre todo esto cuando estuviere en Malta; debo parar allí dos meses, y tendré un asunto que no será malo para librarme del fastidio.*

MIÉRCOLES 19 DE ENERO.

Este dia nos encaminamos al Capitolio y al Foro. Inmediato á él y sobre el monte Celio se levanta la Iglesia de S. Estevan; y en los cuadros al fresco que cubren sus paredes están representados á lo vivo y de un modo aterrante los diferentes suplicios en que espiraban los mártires. Afectado Rastibona con la representacion de aquellos tormentos, exclamó. *Este espectáculo es horrible; pero los correlijionarios de U. fueron para con los judios de la edad media, tan crueles como los de los primeros siglos con los cristianos.* En S. Juan de Letran le hice ver los bajos relieves, colocados al pie de las estatuas de los doce Apóstoles, que en un lado representan las figuras del antiguo testamento, y en el otro el cumplimiento de ellas con la venida del Mesias; estas confrontaciones le parecian ingeniosas.

Cuando nos dirijiamos á la *Villa Wolkonski* me manifestó Rastibona cuanto se admiraba de mi apatia, incompatible con el ardiente deseo que manifestaba antes de convertirlo, á él que se sentia mas judío que nunca. Le respondí, que lleno de confianza en las promesas de Dios y en su buena fè, no tenia la menor duda de verle algun dia Católico; aunque fuera preciso que para iluminarle enviase el Señor un anjel. En aquel momento pasábamos delante de la *Scala Santa*, y quitándome el sombrero, y señalando á Rastibona dije en voz alta: *yo os saludo, Santa Escalera, he aquí un hombre, que algun dia subirá por vuestras gradas de rodillas.* Se echó á reír á carcajadas, y nos separamos; pero sin llevar yo la me-

nór esperanza de haber alterado en nada sus convicciones. Sin embargo lleno de fè en el que ha dicho: *llamad y se os abrirá*; fui á orar cerca del amado difunto. Puesto de rodillas á un lado de su féretro, le conjuraba para que me ayudase á convertir á mi jóven amigo; si como lo esperaba, se hallaba ya el mismo en la mansion de los bienaventurados.

JUEVES 20 DE ENERO.

Ratisbona no ha dado un solo paso hácia la verdad; su voluntad siempre es la misma, su espíritu siempre burlesco y sus pensamientos inclinados siempre á las cosas terrenas. Hácia medio dia entró en el café de la plaza de España á leer periódicos. Encontró allí á mi cuñado Etmonnd Humarny, se puso á hablarle de las noticias del dia con un tono de lijereza que escluia la idea de toda otra ocupacion grave. (*) A eso de la una, á tiempo que iba yo, á dar ciertas disposiciones en la Iglesia de *S. Andres delle-fratte* para la fúnebre ceremonia del dia siguiente, me encuentro con Ratisbona, que bajaba por la *via Condetti*, y le propongo que se venga conmigo, diciéndole que despues de pocos minutos que tendria que esperarme, continuariamos nuestros paseos. Dentro ya de la Iglesia, y al ver los preparativos de la ceremonia fúnebre, me pregunta para quien son.—*Para un amigo que acaba de perder, Mr. de La-Ferronnays, á quien amaba con extremo.*—Poniendose entonces á pasear dentro de la nave,

(*) Parece que la Providencia se habia complacido en disponerlo todo de manera que no quedase la menor duda sobre la disposicion de espíritu de Mr. Ratisbona, pocos momentos antes, en que una gracia inesperada iba á hacerle entrar en un nuevo camino. Al salir del café, como á las doce y media, se encontró con el Barón A. de Lotzbeck, su amigo de colejo, y se puso á hablar de las cosas mas frívolas; de bailes, de diversiones y de la brillante funcion que habia dado el Príncipe T... Si en aquel momento le hubiera dicho alguno: antes de dos horas será U. Católico, se habia reido de él, como de un loco.

parecía que con su mirar frío è indiferente dijera, *à fé mia que esta Iglesia es bien fea.* Lo dejo al lado de la Epistola y à la derecha de un pequeño recinto en que debía colocarse el fereiro, y entro al Convento. Solo tenia que encarregar à uno de los religiosos que hiciese preparar una tribuna para la familia del difunto; mi ausencia, pues, seria cuando mas, de diez ò doce minutos.

Mas al volver à la Iglesia, no veo de pronto à Ratisbona, pero lo descubro despues arrodillado delante de la Capilla de S. Miguel, me acerco à el, y lo empujo tres ó cuatro veces, antes que se aperciba de mi presencia. Por fin se vuelve hácia mi con el semblante bañado en lagrimas, juntas sus manos, y en un tono imposible de espresarse me dice. *¡O con cuanta eficacia ha rogado por mi ese Señor!* Yo mismo me senti en aquel momento sobrecojido de asombro, y experimentaba las emociones que causa un milagro.. Levanto à Ratisbona, me pongo à guiarlo y como arrastrandolo hasta fuera de la Iglesia, le pregunto lo que tiene. *Lléveme U. donde quiera, esclama; despues de lo que he visto, no me toca mas que obedecer.* Le insto à que se explique, pero no puede, porque su emocion es demasiado fuerte; y no hace otra cosa que sacar del seno la medalla milagrosa, cubrirla de besos, y derramar lágrimas. Lo llevo à su casa, y à pesar de mis instancias solo puedo arrancarle exclamaciones interrumpidas de sollozos.—*¡Qué feliz soi! ¡qué bueno es Dios! ¡que plenitud de gracia y de felicidad! ¡qué dignos de compasion son los que no saben....* Despues se deshace en lágrimas pensando en los herejes, y en los incredulos. En fin me pregunta si está loco....*Pero, no, esclama; estoy en mi razon; Dios mio! Dios mio! yo no estoi loco, todo el mundo conoce que no estoi loco.*

Luego que empieza à calmarse esta delirante emocion, con un rostro radiante, casi transfigurado me estrecha en sus brazos, me pide que lo lleve donde un confesor; quiere saber cuando recibirá el Bautismo, sin el cual ya no podría vivir; suspira por la felicidad de los mártires, cuyos tor-

mentos ha visto en las paredes de San Estevan....me declara que no se explicara, sino despues de haber obtenido licencia de un Sacerdote; *porque lo que tengo que decir, añadió, no puedo, no debo decirlo sino de rodillas.*

Al momento lo llevo á la Compañía de Jesus en busca del Padre de Villefort, quien le obliga á explicarse. Entonces saca Ratisbona su medalla, la abraza y mostrandola esclama; **YO LA HE VISTO! YO LA HE VISTO!** Pero no puede continuar, porque su emocion vuelve á dominarlo. Tranquilizándose al fin, se explica; y he aqui sus propias palabras. *Hácia pocos instantes que estaba en la Iglesia, cuando repentinamente me sentí sobrecojido de una turbacion inesplicable. Levanté los ojos, y todo el edificio habia desaparecido de mi vista. Una sola capilla concentraba, por decirlo así, toda la luz; y en medio de aquel extraordinario resplandor se presentó en pie sobre el altar GRANDE, BRILLANTE, llena de Majestad y de dulzura, la VIRJEN MARIA, tal cual la representa mi medalla; y me sentí llevado hácia ella por una fuerza irresistible. La Virgen me dió á entender con la mano que me arrodillase, y cuando lo hice, me pareció que me decia: está bien! Ella no me habló, pero todo lo comprendí.*

No pudo Ratisbona hacer esta corta relacion, sin interrumpirse muchas veces, para respirar y sobreponerse á la emocion que lo oprimia; mientras que el padre Villefort y yo le escuchabamos con un santo terror mezclado de alegría y reconocimiento, admirando la profundidad de los caminos de Dios y los tesoros de su inefable misericordia. Esta espresion *no me habló pero todo lo comprendí*, nos llamaba la atencion por su misteriosa profundidad. Pero al presente basta ver á Ratisbona para conocer, que la fé católica se esesala de su corazon, del mismo modo que un perfume precioso del vaso en que está depositado, y que no lo puede contener. Habla de la presencia real, no soio como un hombre que la cree enteramente, sino como quien llega á sentirla con la mayor viveza.

Dejando al padre Villefort, fuimos á dar gracias á

Dios, primero en Santa Maria la mayor, la Basilica predilecta de la Virgen, y despues en San Pedro. No es posible pintar los trasportes de Ratisbona, cuando estuvo en las dos Iglesias. Ah! me decia, *apretándome las manos: ahora comprendo porque aman tanto los Católicos sus Iglesias, y la causa que los empeña en hermosearlas.... ¡que bien se halla uno aquí no deseando salir!... No: esta no es la tierra; es casi el cielo!* Mas cuando se acercaba al altar mayor, se sintió tan oprimido con la presencia real de la Divinidad, que si no se aleja tan pronto, iba á perder el conocimiento. ¡Tan terrible le parecia estar en la presencia del Dios vivo con la mancha orijinal! Fuè pues á refugiarse en la Capilla de la Santisima Virgen, diciendo: *aquí ya no tengo miedo, porque me siento protegido por una inmensa misericordia.* Cerca del sepulcro de los Santos Apóstoles oró con mucho fervor; y cuando le referi la historia de San Pablo, se desahacia en lágrimas.

No cesaba de admirarse del lazo fuerte y postumo, segun su espresion, que lo unia con M.^r de La-Ferronnays. Se empeñaba en pasar la noche junto á su féretro, diciendo que la gratitud le imponia este deber; mas el padre de Villefort que lo veia fatigado, combatió prudentemente tan piadoso deseo, aconsejándole que solo velase hasta las diez de la noche.

Entonces nos confesó que no habia podido dormir la noche antes; porque una cruz grande y de forma particular, pero sin Cristo se le ponía sin cesar en su presencia, *hice cuanto pude por desechar esta imagen, pero fueron inútiles mis esfuerzos.* Habiendo visto, pocas horas despues por casualidad, el reverso de la medalla milagrosa, reconoció allí la misma cruz.

Entretanto sentia yo una viva impaciencia por volver á ver á la familia de *La-Ferronnays*, cierto de que podia ofrecerles los mas dulces consuelos en el momento en que iban á arrancarles dolorosamente los restos queridos del que lloraban. Entro pues en la sala mortuoria en un estado

de agitacion, ó de alegría, que llama la atencion de todos, y les hace comprender que tengo que comunicar alguna cosa muy importante; me siguen á la pieza inmediata, y apresuradamente les refiero cuanto acababa de suceder. Al oír estas noticias del cielo, las lágrimas de dolor se convirtieron en lágrimas de reconocimiento. Aquellos corazones atribulados se sintieron con bastante fortaleza para resignarse, como verdaderos cristianos, al mas cruel de los sacrificios; á decir el último á Dios á los restos del que se quiso tiernamente.

Mas como el hijo que acababa de darme el cielo me habia suplicado que no lo dejara solo, como me habia significado tanto la necesidad que tenia de un amigo para desahogarse de las profundas emociones de aquel dia; volvi inmediatamente á buscarlo. Le pedi me refiriese con todas sus circunstancias la vision milagrosa. Mas él mismo no podia esplicar como se habia trasportado del lado derecho de la Iglesia á la Capilla que está á la izquierda, y de la cual se hallaba separado por los preparativos de la ceremonia fúnebre; decia, que repentinamente, y sin saber como, se habia visto ya de rodillas cerca de la Capilla. Al principio pudo ver á la Reina de los cielos en todo el esplendor de su belleza inmaculada; pero sus ojos no habian podido sostener el resplandor de aquella luz divina. Tres veces habia intentado volver á contemplar á la madre de las misericordias, pero tres veces habian sido inútiles sus esfuerzos para levantar los ojos; y solo habia podido ver aquellas manos benditas, de las cuales se precipitaba, en figura de espinas luminosas, un torrente de gracias. *Dios mio!* esclamaba, *esto es, lo que he visto yo, que media hora antes blasfemaba. Yo que sentia un odio tan violento contra la Religión Católica! Pero los que me conocen saben bien que en lo humano tenia las razones mas fuertes para conservarme judío...Haciéndome católico renunció á todos los intereses y esperanzas de la tierra, y sin embargo no estoi loco; todo el mundo sabe que no lo estoi. ¿Como pues será posible que no me crean?.*



VIERNES 21 DE ENERO.

Entretanto habiendo empezado á circular en Roma la nueva de un prodigio tan extraordinario, solo se veian corrillos en que se preguntaban y comunicaban, los unos á los otros, las particularidades sueltas que habian podido adquirir. Por mas que no se queria dar lijeramente asenso, la duda se hacia imposible á presencia de unos hechos tan evidentes è incontestables. Todos daban gracias á Dios, por haberse hallado en Roma aquel momento; en que plugo á sus inagotables bondades reanimar nuestra confianza en la immaculada Virgen, y manifestar de un modo tan admirable todo el poder de su intercesion. Todos querian ver y hablar con aquel jóven mil veces dichoso, para quien la Madre de la divina gracia habia querido bajar desde el cielo.

Me hallaba con Ratisbona en el aposento del padre de Villefort, cuando el jeneral Clapowski que habia podido penetrar hasta donde estabamos, se llegó á él y le dijo: con que U. ha visto la imagen de Maria Santisima? Pues digame como...—*La imagen!* interrumpió Ratisbona, *la imagen! La he visto á ella misma en realidad, en persona, como lo veo á U. en este sitio...*No puedo dejar de observar aqui, que si Ratisbona con las circunstancias de su caracter, de su educacion, de sus preocupaciones, y con la disposicion que quedan referidas, hubiera sido susceptible de alguna ilucion, esta no podia haberla producido una representacion ester or; porque ni hai en ninguna parte de la Capilla en que se obró el milagro ni estatua, ni cuadro, ni otra imagen que represente á la Virgen.

Quise despues presentarlo á la familia de *La-Ferrounays*, porque como el suceso mas importante de su vida estaba tan intimamente ligado con la desgracia de aquella, me crei en el deber de suavizar la amargura de sus lágrimas haciendo que él mismo les comunicara porqué lazos de eterno reconocimiento, habia querido el cielo unirlo con el alma de aquel justo. Pero era demasiado viva su connoction

para que pudiera hablar con orden; y así es que no hacía otra cosa que estrechar con agitación las manos que le alargaban como á un hermano, como á un hijo querido. *Oh! creame U. crea lo que le digo, repetía, cuando le agoviaban con preguntas...A las oraciones de M.^r de La-Ferronnays, debo yo mi conversión.*

El nuevo convertido pasó en mi casa los pocos días que precedieron á su retiro para prepararse al BAUTISMO. Para que pudiese penetrar en el fondo de su alma; me comunicaba pasajes enteros de las cartas que escribía á su desposada, á su tío y á todos los individuos de la familia. En aquellas intimas conversaciones inculcaba siempre sobre las pruebas evidentes que debían convencer á los mas inerédulos de la milagrosa intervencion del cielo en su conversión y de su propia sinceridad.

Los motivos mas graves, decia, los intereses mas poderosos sobre el corazon del hombre se reunian para encadenarme eternamente á mi religion. Bien merece, pues, que se le crea un hombre que todo lo sacrifica á una convicción, que no puede venir sino del cielo...Si todo lo que hé afirmado no es exactamente verdadero, cometo la acción mas criminal y desacordada. Entrando en la religion que abracé por una mentira sacrilega, arriesgo no solamente mi posición en esta vida, sino que pierdo tambien mi alma y atraigo sobre mi cabeza la tremenda responsabilidad de cuantos hombres arrastre mi ejemplo. ¿Cual puede ser pues mi interes?...Ah! cuando mi hermano se convirtió al Catolicismo, y se ordenó poco despues, yo fui el que de toda la familia lo persiguió con mas encarnizamiento. Estubimos disgustados; al menos yo lo detestaba pero él me habia perdonado. Conociendo que debia reconciliarme con él, al celebrar mis esponsales, le escribí unos cortos reglones bien frios, y él me contestó lleno de ternura y de caridad...Uno de mis sobrinos jóvenes murió ahora diez y ocho meses. Mi hermano el Abate quiso bautizarlo; cuando lo supe, me puse como un furioso...Espero que Dios me embie pruebas grandes, para dar testimonio de su gloria, y pa-

ra probar al mundo que obro de buena fé.

¿Y como podria dudarse que obra así el hombre que á la edad de ventiocho años sacrifica los gozes del corazon, los encantos del amor, todas las esperanzas de la vida, por obedecer á su conciencia? El ha apreciado todas las consecuencias de su resolucion; sabe que el cristianismo es el culto de la cruz; se le ha dicho y repetido todas las pruebas á que debe estar preparado, todos los deberes que impone la nueva relijion en que con tanto ardor desea entrar.

Desde el primer momento en que pidió el Bautismo, se ha puesto bajo la direccion del venerable padre, que tiene á su cargo una sociedad mui querida de los amigos de Dios. Este, despues de haberle escuchado con la mayor dulzura y con circunspección al mismo tiempo, le ha hecho presentes los muchos sacrificios que tendrá que hacer, las grandes obligaciones que va á contraer, las tentaciones, las pruebas de todo jénero á que lo espone el partido que va á tomar. Mostrándole un crucifijo que estaba sobre la mesa, le dijo: *esta cruz que habeis visto en sueños, luego que estuviereis bautizado, estareis obligado, no solamente á adorarla, sino tambien á cargarla.* Abriendo despues el libro de las SS. Escrituras, buscó el capítulo segundo del Eclesiástico; y leyó á M.^r Ratisbona estas palabras. *Hijo mio, cuando os consagrareis al servicio de Dios, preparad vuestra alma á la tentacion y á la prueba, manteneos firme en la justicia y en el temor del Señor; humillaos y esperad con paciencia; sed dócil á las lecciones de la sabiduria, y no os desalenteis cuando llegare el momento de la prueba; sufrid con paciencia el tiempo que Dios os haga esperar. Permaneced unido á él, y no os canséis de esperar; aceptad de buena voluntad todo lo que os suceda, conservad la paz en medio de vuestro dolor, y la paciencia en el tiempo de la humillacion. El oro y la plata se purifican con el fuego; però á los hombres, á quienes Dios quiere recibir en el número de los suyos, los purifica en el crisol de las humillaciones, y del dolor. Tened, pues, confianza y os librárá de todos vuestros males; esperad en él, con-*

servad su temor, y envéjceos amándote.

La lectura de estas divinas palabras hizo en Ratisbona una impresión profunda; y lejos de desalentarlo en su resolución; le afirmó mas en ella, penetrándose desde entonces de todo lo que los sentimientos del cristianismo tienen de mas serio y mas elevado. Por aquel momento las escuchó en silencio; pero al fin de su retiro, el día antes del Bautismo, la vispera de aquel día memorable, buscó por la noche al santo presbítero que ocho días antes le habia leído aquel pasaje y le pidió una copia; para conservarla, y meditar todos los días de su vida aquellas saludables lecciones.

Tales son los hechos que ofrezco á la meditacion de los hombres serios (*). Los he presentado sin artificio y en

(*) *NOTA del traductor.* Para mayor comprobante de la conversion milagrosa de M.^r Ratisbona transcribiré lo que el Em.^{mo} Cardenal Luis Lambruschini ha dicho con referencia á este suceso en la pág. 62 de su Disertacion Polémica sobre la *Inmaculada Concepcion de MARIA*, impresa en Roma en 1843. Son sus literales espresiones.— *¿Y qué otra cosa prueba sino la verdad de la misma (habla de la purísima Concepcion) la prodijiosa vision, y la rapidísima propagacion de la conócida Medalla con las palabras de Maria concebida sin pecado, revelada en París en el año 1830 á una simple Doncella, la cual por humildad quiso fuese ocultado su nombre, la que tienen los piadosos fieles como una fuente perene de beneficios espirituales y temporales que por todas partes alcanzan por la intercesion de la Madre de Dios, reverenciándola, venerándola, é invocándola bajo este título tan agradable á ella? Y la estrépitosá conversion acuecida á nuestra vista en Roma á principios del año 1842 del Israelita Ratisbonne, quien por haber cedido á las incesantes súplicas de un amigo suyo que lo persuadia á que vistiese la milagrosa Medalla, sorprendido publicamente en la Iglesia (llamada Sant Andrea delle Fratte) por una improvisa aparicion de Maria, que le iluminó el entendimiento, y de fiero enemigo cual era del nombre cristiano, lo hizo instantáneamente fervorosísimo Católico, acaso no prueba la veracidad al mismo tiempo, y la utilidad de esta preciosa devocion? Ah! Dios no se sirve de los prodijos sino para hacer ver la verdad, motivo porque me imagino que ha obrado tantos y tan extraordinarios en favor de la decantada Medalla para autorizar y jeneralizar mas la creencia de nuestra opinion.*

toda su sencillez y verdad, para la edificación de cuantos creen y para la instrucción de los que en medio de sus agitaciones se afanan por encontrar la paz del corazón, de que aun carecen. ¡Feliz yo, si después de haberme extraviado tanto tiempo en las tinieblas y contradicciones de las sectas protestantes, puedo con esta sencilla relación inspirar á algún hermano, también extraviado, la voluntad de esclamar como el ciego del Evangelio: *¡Señor hazed que yo vea!* porque el que ruega, no tarda en abrir los ojos á la luz de la verdad católica.



CEREMONIA

DEL 31 DE ENERO.

UN HERMANO MAS.

Todas las personas piadosas, que se reunieron este día en la Iglesia de Jesus, no podran menos de conservar largo tiempo en su memoria la gran solemnidad que coronó del modo mas brillante un suceso extraordinario, que todavia tiene conmovida á toda la ciudad; un suceso comprobado á la vista de todos; un milagro en fin de aquellos de que se vale la gracia divina para reanimar la fè de los vivos, y para atraer á mejor camino á los que andan vagando en las tinieblas. Acaba de hacer M.^r Ratisbona profesion de fè en manos del Cardenal Vicario; ha recibido el bautismo, la confirmacion, y ha hecho su primera comun-ion.

Mucho tiempo antes de la hora prefijada, estuvo la Iglesia de Jesus (que el Cardenal Vicario habia designado para la ceremonia) llena de un concurso numeroso, solicitado por contemplar al jóven Israelita, á quien la Virgen inmaculada, conducia con una mano abundante en gracias hasta el pie de la Cruz. Habia tambien en el concurso algunas ovejas extraviadas, algunos de aquellos curiosos que todo lo quieren ver; pero una piedad comunicativa dominaba en toda la reunion. El sentimiento religioso que se habia apoderado de ella, era demasiado profundo, para que en aquel momento al menos no estuviesen animados todos los concurrentes por el piadoso interes que inspiraba el Neófito.

Se habian tomado todas las medidas posibles para conservar el órden, que tanto debia contribuir á la edificacion comun. Todo el espacio que hai entre el altar de S. Ignacio y el de S. Francisco Javier, estaba dispuesto de modo que pudiera colocarse facilmente la multitud de concurren-

rentes; y aunque no habian asientos reservados, el tropel de curiosos habia sido sobrepujado esta vez por el celo de las almas fervorosas que protegian, por decirlo así, el altar con su piadoso recojimiento y con sus santas oraciones.

Hacia las ocho y media de la mañana M.^r Ratisbona, vestido con la túnica blanca de los Catecúmenos, fue presentado por el R. Padre de Villefort (que lo habia preparado) y por el Señor Baron Teodoro de Bussierre, su padrino, en la Capilla de S. Andres, inmediato á la puerta principal de la Iglesia; objeto de la curiosidad jeneral por mas de media hora que tuvo que esperar, soportó con una resignacion verdaderamente anjelical las miradas de todos los indiscretos; sometiéndose humildemente á una prueba bien meritoria en aquel acto, en que todos los pensamientos, los sentimientos todos de una nueva vida, se agolpaban de tropel en el fondo de su corazon. A veces estrechaba con fervor el rosario que tenia en la mano; y parecia que miraba la medalla pendiente de él, como para cobrar fuerza en todas las fatigas, y valor en todas las pruebas con el recuerdo y con la proteccion de aquella que lo habia salvado.

Como á las nueve Su Eminencia el Cardenal Patrio Vicario de S. S, despues de haberse revestido de *Pontifical* en el altar de S. Ignacio; dió principio á las oraciones, prescritas por el ritual para el Bautismo de los adultos. Parecia que aquellos salmos de David se hubieran espresamente escrito para manifestar los sentimientos del Catecúmeno, y para referir por cuales caminos lo habia llamado el Señor á la Cruz ¡Tan admirable es la profundidad de las Escrituras, en las cuales encuentra cada uno la espresion que le falta para manifestar las necesidades de su alma; y digámoslo de una vez, todas las circunstancias de su vida interior!

¿Quièn en efecto hubiera podido espresar mejor ese tedio del mundo, esas turbaciones del corazon que perseguian al jóven Israelita en medio de los placeres de una posicion brillante, y le obligaban á buscar distracciones bajo un

cielo extranjero? O alma mia! ¿porque estás triste y porque te conturbas? *cuare tristis es?* Pobre alma alijida, envano mudas de cielo; porque dia y noche tendrás que alimentarte con las lágrimas; *fuertunt mihi lacrimæ meæ panes die ac nocte*; porque no hai reposo para el desterrado, porque cada dia se te puede decir donde está tu Dios? *ubi est Deus tuus?* Pero espera en el Señor, porque en breve confesarás su santo nombre, y encontrarás la paz del corazon, el balsamo que cura todas las heridas, *spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi, salutare vultus mei*. En el dia señalado te enviara á la Madre de las misericordias, *in die Dominus mandavit misericordiam suam*. Espera en el Señor; no temas ya acercarte al tabernáculo admirable donde se oculta el Santo de los Santos; *transibo in locum tabernaculi admirabilis usque ad domum Dei*. El solo es el que puede apagar la sed que te devora; *quando véniam*, cuando podré entrar en el arca santa, fuera dé la cual no hai salvacion? Cuando podré prosternarme en la presencia de mi Dios? *et apparebo ante faciem Dei*. Como el ciervo sediento suspira por las fuentes de agua viva, asi mi alma suspira por el agua santa del Bautismo; asi mi corazon suspira por Dios, que es fuente de toda fuerza y vida.

Luego que se concluyeron estas oraciones, S. Em.^a el Cardenal Vicario, precedido del Clero se dirijió en procesion al centro de la Iglesia. Entonces el R. P. de Villefort y el Señor Baron de Bussierre condujeron á su presencia al jóven Israelita. *Que es lo que pedís á la Iglesia de Dios?*—*La fé*. Ah! ya la tenia esa fé santa y católica, la estrella de la mañana habia salido ya para él, y le habia iluminado con sus rayos divinos! Asi es que, cuando se le intimó que *detestara con horror la perfidia de los judios, y rechazase con desprecio la supersticion de los hebreos*; (*) no vaciló un instante dando con la modesta firmeza de sus respuestas un testimonio

(*) *Expresiones del ritual.*

de que no era indigno de la gracia que le habia hecho la Iglesia con abreviar para él las pruebas impuestas a los Catecúmenos.

Ya el Pontífice ha soplado tres veces sobre su cara para auventar al espiritu maligno; ya lo ha marcado con el signo del cristiano, con la venerable señal de la Cruz en la frente, en los ojos, en los oidos y en los hombros, para enseñarle que debe consagrar á Jesucristo su pensamiento y su corazon, llevando con alegria el yugo de la Cruz. Ya en fin le ha hecho probar la sal de la Sabiduria, y pronunciado sobre él las oraciones del ecsorcismo. El jóven neófito se conserva postrado en el pavimento del templo; se le ecsije la última prueba de sumision, diciéndole: *besad la tierra*; y al punto sin turbarse, sin vacilar un iustante besa la tierra, probando con esto á todo el concurso que es verdaderamente cristiano: pues su jóven corazon ha adivinado ya que la humildad es la única puerta para entrar á la verdad y la salud. ¡Admirable, elocuente leccion para los que nos olvidamos tantas veces de que Jesus, nuestro maestro, era manso y humilde de corazon!

Desde aquel momento no queda la menor duda de que el espiritu de Cristo es el que anima al neófito; ya la Iglesia no vacila y lo mira y trata como á su hijo querido. Olvida su vida pasada y sus blasfemias, y solo vé en él al pupilo privilegiado de Maria. El Pontífice le hace tomar el extremo de su estola en señal de adopción, y como para hacerle comprender que en la familia católica los hijos no pueden marchar sino apoyados humildemente por sus padres. De este modo conduce en triunfo hasta el altar de S. Ignacio la oveja querida, que acaba de arrancar al dominio de Satañas.

¿Como poder espresar el tropel de sentimientos diversos que á la vista de aquel jóven agitaban á todo el concurso? Su fisonomia notable por una mezcla feliz de firmeza y de dulzura, su barba crecida, su andar, su traje; todo en él ecsitaba recuerdos del tiempo de la primitiva Iglesia.

Podría decirse que se asemejaba á un cristiano de las Catacumbas esperando el martirio.

Las buenas mujeres romanas, que agolpándose por verlo mejor, casi me sofocaban, espresaban con el lenguaje dictado por la naturaleza esa caridad fraternal que nos animaba á todos. *¡Ah quanto sei caro!* exclamaban *¡que amabile eres! Ah beato lui; ¡dichoso è!* y besaban su rosario como para dar gracias de aquella hermosa fiesta á la *Madonna*, causa de nuestra alegría. Despues con una curiosidad afectuosa se señalaban entre si al hombre, de quien se habia servido la providencia para preparar sus caminos, diciéndose: *es un frances: el es el que ha dado la medalla al Israelita, el que le encargó que orase á la bienaventurada Virgen. Ma che buon signore! Che Dio lo benedica! Que Señor tan bueno bendígalo Dios!* Y nosotros tambien repetiamos: bendiga Dios á è, y á todos los suyos.

Entretanto el Catecúmeno se arrodilla ya, para recibir el agua santa del Bautismo delante del Pontífice del Señor, que se mantiene en pie cerca del altar. Se le pregunta su nombre y con un trasporte de reconocimiento y de amor responde: *Maria* ¡*Maria!* nombre mil veces bendito de la Reyna de los Patriarcas que le ha abierto las puertas de la Iglesia, y que le abrirá las del Cielo.—*Que pedis?*—*El Bautismo.*—*Renunciáis á Satanás?*—*Renuncio.*—*Y á todas sus pompas?*—*Renuncio.*—*Y á todas sus obras?*—*Renuncio,* responde por la tercera vez el jóven, á quien Dios ha librado de las tinieblas.—*Creéis en Dios Padre Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra?*—*Creo.*—*Creéis en Jesucristo su único hijo, Señor nuestro, que nació y padeció?*—*Creo.*—*Creéis en el Espíritu santo, en la Santa Iglesia Católica, en la comunión de los santos, en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida eterna?*—*Creo.*

El tono, el acento, la íntima conviccion con que el hijo de Maria pronuncia esta profesion de fe católica, producen en cuantos tienen la dicha de oirlo, una impresion, cuyas vibraciones duran todavia en lo íntimo del corazon.—

¿Que es lo que pedis?—El Bautismo.—Quereis ser bautizado?—Quiero.

En fin el agua santa; cuya fuente salta hasta la vida eterna, ha corrido ya sobre aquella frente humildemente inclinada. *Maria Ratisbona* se levanta cristiano; cristiano puro y fervoroso como los anjeles que están en la presencia del Señor. Lleva en la mano el cirio bendito, cuya llama es imagen de aquella luz de la fè sumisa que no se estravia jamas. La imposicion de las manos y la union del santo crisma le dan una nueva gracia, confirmando la plenitud de la que ya habia recibido. Desde aquel momento *Ratisbona*, dicipulo de la Cruz está pronto á confesar en voz alta la fè del Cristo, que se inmoló por nosotros.

Entonces el Señor Abate *Dupanloup* tuvo á bien dirigir al concurso algunas de las palabras que encuentra siempre su corazon, cuando se trata de alabar á Maria, y de celebrar las bondades del Señor. El orador sagrado manifestó en presencia de Roma entera su fè plena y absoluta en la milagrosa intervencion de Maria en la súbita conversion, por la cual tributaba gracias á Dios; pero evitando, como hijo sumiso, toda espresion que tubiera la apariencia de prevenir la decision legal de la única autoridad competente en materia de milagros.

La ceremonia se terminó con el Santo sacrificio de la Misa. Al presenciar el fervor, con que oraba el nuevo Católico, y el recojimientto con que todo el concurso se unia á sus oraciones, era imposible dejar de sentirse intimamente penetrado de la fè. Mas en el momento solemne de la santa comunión, fuè, sin duda, cuando el Señor derramó gracias altamente dulces y preciosas sobre aquella piadosa reunion. Nuestro querido hermano *Maria Ratisbona*, se sentia de tal modo anonadado en la divina presencia; que fue preciso sostenerlo, para que pudiera acercarse á la santa mesa. No pudo levantarse, despues de haber recibido el pan de los anjeles, sino ayudado del P. de Villefort y de su padrino. En aquel momento su rostro estaba inundado de lágrimas; y sucumbia

al peso de todas las emociones y gracias inefables, con que el Señor le colmaba.

A la vista de este jóven, pocos dias antes judío obstinado, y hoy Católico fervoroso inflamado en la caridad; no era posible dejar de proferir en el fondo del corazon estas palabras: *que admirable sois Señor en vuestras obras*, è involuntariamente se venia á la memoria aquella espresion profunda que se escapó al convertido despues de la aparicion milagrosa: *todo lo he comprendido!*

Muchas personas fervorosas quisieron dar al jóven cristiano una prueba particular de caridad fraterna, acercándose despues de él á la sagrada mesa. Esta piadosa reunion en nuestro Señor fue para todos un motivo de edificacion grande, acabando de imprimir el carácter de piedad en toda la ceremonia.

En aquel sagrado banquete, en que los amigos privilegiados de Dios venian á celebrar el milagro siempre nuevo de las misericordias divinas; todos los corazones se unieron á la familia desolada, á quien el Señor acababa de visitar. El recuerdo querido y respetable del que lloraban, arrojaba, digamos lo así, un reflejo de gloria celestial sobre todas las circunstancias de aquella piadosa solemnidad.—Oh! *Con cuanta eficacia ha rogado por mí este Señor!* habia dicho el Israelita el momento en que cayó la venda de sus ojos; y cuando solo habia visto de aquel cristiano fervoroso, tan amable, el duelo de su muerte. *Señor adoro la profundidad de vuestros designios. El Rey Profeta os preguntaba en otro tiempo: por ventura ¿el polvo del sepulcro confesará vuestro nombre, y anunciará vuestra verdad? Si, Señor, porque habeis oido la oracion del justo, y habeis querido arrojar á manos llenas las flores del cielo sobre los dolores de la tierra; para que tributásemos gloria á vuestro nombre, y no nos dejásemos abatir; ut cantet tibi gloria mea et non compungar.*

La obra está ya cumplida, y Ratisbona admitido á todos los gozos, á todas las gracias de la vida católica. Loado sea Dios que quiso darnos un hermano mas! El cántico

del triunfo resonó bajo las bóvedas del templo; la emoción, largo tiempo comprimida en el fondo de los corazones, pudo por fin manifestarse esteriormente. *Os alabamos Señor!*, esclama todo el pueblo en los trasportes de su alegría: *Os bendecimos!* En aquel momento solemne en que todas las veces se unían en un solo grito de reconocimiento á la grave armonía de los sagrados órganos, nosotros los Católicos comprendimos con un estremecimiento de alegría lo que es esa comunión de los santos que en día tan fausto nos hacia sentir un gusto anticipado de la felicidad celestial. Si en medio de aquel sublime concierto y de aquel universal entusiasmo hubo un solo corazón que se conservó frío ¡cuanto le compadezco! ya no era Católico.

Después del *Te Deum*, el Cardenal llevó al interior de la casa de Jesús al nuevo hijo de la Iglesia; y se asegura que apenas salió del lugar santo, cuando con una ternura verdaderamente paternal, estrechó en sus brazos al que acababa de iniciar en la vida del cielo.

La alegría de M^r. Ratisbona era inesplicable. Rodeado de todos los que habiau podido penetrar hasta donde él estaba, de todos los que querian verlo, oírlo y abrazarlo; recibia las felicitaciones de todos, y se sentia feliz en el fondo del corazón, porque pertenecia ya á la familia católica.

Un testigo ocular refiere, que luego que le volvieron á la celdilla que habia ocupado, durante su retiro; su primer movimiento fue arrojarle de rodilla á los pies del Crucifijo para dar gracias al Señor por todos los favores con que le habia colmado.

Por lo que hace á cuantos tubieron la dicha de participar de tan hermoso día, llevarán indudablemente en el fondo del corazón la lección consoladora de que cuando se busca á Dios sinceramente, viene bien pronto á nosotros; aunque para ello tenga que hacer un milagro.

Cuando Dios en su paternal ternura envia á los suyos una de aquellas gracias extraordinarias que reaniman la fé y llenan el corazón de un amor que cesede á todo otro

sentimiento; deseamos fijar nuestra morada por algun tiempo en medio de las delicias de aquel gozo interior; prolongar y retener todo lo que lo hizo nacer, todo lo que puede fortificarlo.

Para satisfacer, pues, este deseo de las almas piadosas, queremos estar aun con el feliz hijo de Maria; queremos seguirle y escucharle, desde el dia, tres veces bendito, en que se unió á nosotros por la participacion del mas santo de los misterios hasta el momento en que se publican estas páginas.

Tambien él queria permanecer sobre el *Tabor*. Colmado por Dios de los favores mas grandes, despues de haber arrojado de si todas las miserias del tiempo pasado, y revestido de la inocencia bautismal, cuyo brillo se eclipsa ah! demasiado pronto; solo suspiraba por la soledad, temia el bullicio del mundo, queria sustraerse á la curiosidad de todos, y poner como un sello sobre su corazon, para que no se disipasen los tesoros de gracia que el señor habia depositado en él. Quiso pues resueltamente pasar en el retiro los dias de disipacion y de bullicio que se aprosimaban. Porque ¿cómo hubiera podido presenciar la loca alegria y los vanos placeres de la tierra, aquel á quien se le habia concedido levantar los ojos á la Rosa mistica, á la mas hermosa flor del Cielo, y que en el fervor de su fe naciente, en los gozos íntimos de su reconocimiento y amor sentia por primera vez cuan dulce es el señor?

Pero antes de empezar este nuevo retiro, que iba á ser para él un prolongado cántico de accion de gracias; le restaba cumplir un piadoso deber ¿que digo? tenia que gustar aun una nueva felicidad. Hijo querido de la Iglesia, suspiraba por el momento, en que se le permitiera postrarse á los pies del Venerable Pontífice, que á despecho de las olas sublevadas, dirige con mano firme y segura el vajel que nos conduce á todos al puerto de salvamento. Informados de las particularidades de tan interesante entrevista y para transmitir al corazon de nuestros lectores los sentimientos,

que cesitaron en el nuestro; nos es preciso recurrir á los mas preciosos recuerdos del Catholicismo.

Las personas que han visitado las Catacumbas y las antigüedades religiosas de Roma se acordarán que á cada paso se encuentra el buen Pastor llevando al redil la oveja estraviada; y han observado sin duda esa espresion de feliz mansedumbre, de tierna paternidad que el arte sencillo de los primeros siglos ha sabido representar tan á lo vivo. Recuerden sus impresiones á la vista de aquella imagen, tantas veces y tan felizmente reproducida; y solo entonces podran formarse una idea ecsacta de la escena que vamos á referir.

M.^r Ratisbona y el señor Baron Teodoro de Bussierre fueron conducidos á los pies de S. S. por el R. P. Jeneral de la Compañia de Jesus. Despues de haber doblado tres veces la rodilla delante del Vicario de Jesucristo por satisfacer á su profunda veneracion mas que por conformarse al uso; recibieron aquella santa bendicion que tantos cristianos fervorosos vienen á solicitar de las mas remotas distancias.

El S.^{mo} Padre habló con ellos, con toda la efusion, con toda la ternura de un padre que acaricia á hijos queridos; les colmó en fin de los mas preciosos testimonios de su predileccion. Ordenó que les hicieran ver el interior de sus aposentos. Que digo? aun hizo mas: empujándolos con una dulce familiaridad los introdujo el mismo en su dormitorio. El venerable sucesor del Principe de los Apóstoles dió á ambos un tierno testimonio de su propia confianza en la proteccion de aquella á quien la Iglesia invoca como á socorro de los cristianos. Se dignó enseñarles él mismo una imagen de la Virgen *milagrosa*, á la cual tributa una reverente devocion; y que colocada cerca de su lecho recibe cada dia las santas y fervorosas oraciones que el venerable Pontífice dirige al Señor para que no haya mas que un solo rebaño y un solo pastor. En fin, queriendo que M.^r Ratisbona conservara un recuerdo de aquel dia memorable le entregó S. S. con sus mismas manos venerables, antes de despedirlo, un crucifijo al cual habia concedido indulgencias especiales.

Si en los dias de tentacion y de combate, llega á sentir alguna vez el nuevo soldado de la fé la necesidad de reanimar su valor; acuérdesese de ese estandarte sagrado, que el Jefe visible de la Iglesia puso en sus manos, y fijando la vista en su crucifijo, digase á si mismo lleno de confianza: *con esta señal vencerás; in hoc signo vinces.*

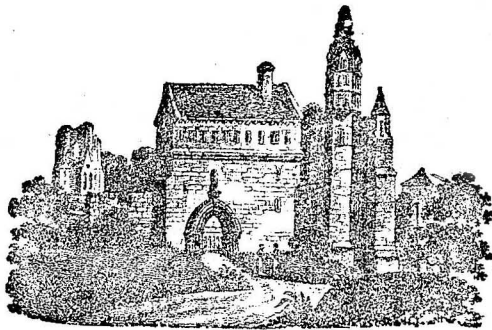
Acaso M.^r Ratisbona se alejará de nosotros, antes de haber podido echar raíces en la tierra prometida, en que habia encontrado la buena sencilla...Es tan dulce volver á ver despues de la ausencia una familia querida y respetada...estrechar en sus brazos un hermano querido que se nos habia adelantado en los caminos del Señor!...Lejos el Evangelio de debilitar los lazos del corazon, los estrecha mas, santificandolos al mismo tiempo; siempre sus mas fieles discipulos serán, en lo que no contradiga la lei de Dios, los hijos mas tiernos, los amigos mas afectuosos.

Si la Providencia llegase á arrancarlo demaciado pronto á nuestra amistad fraternal; vaya cual nuevo Apóstol que acaba de salir del cenáculo á llevar bajo el cielo de la patria y en medio de los suyos el ejemplo de sus nuevas virtudes, la dulce influencia de sus oraciones, el olor y la gracia de un alma tierna recién nacida á la vida católica; y adornada á los ojos del Señor con todos los encantos de la infancia. Él habia consagrado los primeros votos, los pensamientos primeros de su juventud á la rejenерación de sus hermanos; el Señor leyendo en el fondo de su corazon los ha escuchado, rejenерándolo á él mismo.

En cualquier destino á que le llame la Providencia, lo seguirán incesantemente nuestras mas tiernas oraciones, para atraer sobre él la gracia de la perseverancia; para que el autor de todo don perfecto le comunique fuerzas en el combate, paciencia en el tiempo de la prueba, humildad en la victoria, y una caridad ardiente y llena de prudencia para con todos.

En la juventud de la vida y cuando nos hallamos espuestos á deshechas borrascas, él, mas feliz que todos, se

ha visto coronado, antes del combate. Pero los dias del peligro llegarán; acuérdesse entonces de sus hermanos de Roma: manténgase por siempre fiel y constante, y no se olvide de Maria su madre.



NOTAS.

Aunque algun lector se habrá reido mas de una vez al leer la palabra *rejuvenacion* aplicada a los esfuerzos y esperanzas de M.^r Ratisbona en favor de sus correligionarios; nos era preciso hablar en el lenguaje de su época.

M.^r Ratisbona habia visto con el dolor que siente todo corazon noble el envilecimiento y las miserias morales de las clases pobres entre los Israelitas. Todo el objeto de su ambicion era pues trabajar por cuantos medios estaban á sus alcances en socórrerles, en hacerlos menos desgraciados, para que fuesen mejores. De aqui ese ardor con que encabezaba toda especie de empresas para lograr su fin.

No se habrán olvidado en Strasburgo que él fue uno de los que se agitaron mas por establecer cierta loteria, y segun entiendo, cierto baile por suscripcion; para aplicar sus productos al alivio de los pobres Israelitas. Parece que la Providencia quiso que este nombre de Ratisbona fuera conocido de todos; para que todos tambien comprendiesen mejor la inefable misericordia de que él mismo iba á ser en breve un testimonio auténtico.

El diario de Roma, en su número del martes 15 de Febrero de 1842, ha publicado una relacion sucinta de los hechos que acabamos de referir. No reproduciremos ese articulo; pero tampoco dejaremos de consignar aqui una circunstancia que las almas piadosas y devotas de Maria no podran menos de observar con placer: M.^r Ratisbona nació en 1814 el 4.^o de Mayo, mes consagrado á la Madre de la divina gracia.

IMPRIMATUR

F. Dom. Bultaoni Ord. Præd S. P. A. Magister.

IMPRIMATUR

J. de Comitibus Vespegnani Archiep.—Tiome Vicesg.



ESTRACTO

DE LA

PRIMERA CARTA

DE MARIA RATISBONA

AL ABATE RATISBONA SU HERMANO.

Roma....

MI QUERIDO HERMANO.

Dios quiso que mi vida entera hasta el momento de mi conversion, no fuese otra cosa que una serie de actos anticristianos. Dios quiso que me hallara en un concurso de circunstancias tal, que mi repentina conversion no puede esplicarse de otro modo que atribuyéndola á una fuerza divina, y á un milagro. ¿Quién te persiguió con mas encarnizamiento que yo? ¿quién se ocupaba con mas actividad que yo de la suerte de los miseros judios? ¿Quién proferia mas blasfemias que yo contra los católicos, y contra su espíritu de conversionismo? ¿Quién tenia mas indiferencia que yo en materia de religion? Despues de esto ¿se podria calificar mi conversion de un acto de cobardia? Pero como en Francia los judios son iguales á los demas ciudadanos, nada me es mas facil que vindicarme de esa imputacion, que ninguno puede hacerme secamente. Se atribuirá tal vez á la ambicion? Pero de que? ¿Que carrera estaba cerrada para mi porque hubiese permanecido judio? ¿Se dirá tal vez que mi conversion fue dictada por el interes, por este gran movíl del siglo pre-

sente? Pero tú sabes tambien como yo que nunca consultaba mejor mi interes que permaneciendo judío. ¿Será tal vez una afeccion, una inclinacion secreta la que motivó este suceso? Pero tú y toda mi familia saben tambien con cuanta exaltacion amo á mi desposada; y cuan digna es de mi amor. Sin embargo, si Flora no tiene la resolucion de seguir mi ejemplo, me será preciso renunciar á ella; y perdiéndola, estoi resuelto a sepultar mis dias en el claustro de la orden religiosa mas austera. ¿Se atribuirá tal vez mi conversion á mis lecturas? Pero jamas he leído ningun libro sobre relijion. ¿Se dirá tal vez que obró en ella la influencia de mis amigos? Pero yo no conocia mas que á jóvenes sin fe; yo no conocia más que á Gustavo Renuard de Bussierre, furioso protestante, y que decia de mi ahora pocos dias: *nada se puede esperar de Alfonso porque es un judío obstinado*. ¿Se creerá acaso que mi espíritu enfermo, mi razon debilitada, me hicieron sucumbir ante la majestad de Roma? Pero solo hacen quince dias que estoi en esta ciudad, y cuando ya habia contratado mi asiento con la diligencia para partir, dije en mi última carta á***: *he pasado por la calle de los judios y su miseria ha reanimado mi odio contra los Católicos á tal extremo, que quiero ser mas bien del número de los perseguidos que del de los perseguidores*. ¿Como explicar pues, querido hermano mio, mi conversion?

En la carta siguiente te referiré todas las circunstancias maravillosas que la presediéron antes, y espero que no lo sean menos las que ocurran despues. Ayer encontré en el primer libro religioso que habia abierto, desde que estoi en el mundo este pensamiento: *semejante persuasion producida sin milagro seria ella misma el mas grande de los milagros, que se pueden imaginar*.

A Dios mi querido hermano; muchos sinsabores te he causado; perdona á tu hermano en Jesus.

Maria Ratisbona,



SEGUNDA CARTA

DE

MARIA ALFONSO RATISBONA

AL

SEÑOR ABATE RATISBONA, SU HERMANO CON MOTIVO DE SU MILAGROSA CONVERSION.

Roma Febrero 4 de 1842.

MI QUERIDO TEODORO.

Si no hé calculado mal, debes haber recibido la noticia de mi conversion la tarde de la Purificacion. ¡Que feliz te habrás considerado al recibirla!...Un hermano mas y una victoria mas de nuestra Señora de las victorias!...Porque todo me dice que mi conversion no será un hecho aislado. En este momento debemos creer que se obra un cambio en que todos se vuelven á la Religion; cambio que se atribuye en parte á las fervorosas oraciones de la Archicofradia, de que tú eres uno de los mas dignos individuos.

No hai duda mi querido Teodoro, que tus oraciones en favor de la familia han contribuido á hacer descender sobre mi las abundantes gracias del Señor. ¡Cuánto reconocimiento no te debo! Esto es lo que tu pedias por mí, mientras que yo me reia de tu carácter y te perseguia con furor. Hoi dia que el velo del templo se ha rasgado tambien para mí, hoi que la verdad y la luz brillan á mis ojos, es cuando comprendo que solo el Catolicismo puede dar la verda-

dera fuerza de alma y los consuelos mas preciosos! Que de riquezas! Que manantial inagotable de alegría y de amor! Y que claramente veo que lo que falta á cada individuo de nuestra familia (lo que me faltaba á mi hacen pocos dias) es la Religión, el conocimiento de las misericordias inagotables de Dios!

Habias predicho que toda la familia se haria católica: hé aqui que tus predicciones empiezan á verificarse. ¡Quiera la Virgen Santísima interceder para que tu profecía se cumpla enteramente!

No te hablaré de las particularidades de mi conversión. Todas las circunstancias que la precedieron, acompañaron y siguiéron, han hecho aqui tal impresion que se vá á publicar una relacion que Teodoro de Bussierre está actualmente redactando. Al presente paso mis dias en el convento de los Jesuitas; adonde me retiré para prepararme bajo la direccion del eceslente P. de Villefort, mi confesor, para recibir el Bautismo, la Confirmacion y la Comunión.

Las ceremonias de estos tres Sacramentos, se verificáron solemnemente, el 31 de Enero en la Iglesia de Jesus. En ella estuvieron presentes las personas mas distinguidas de Roma, las mas piadosas y las que animaba solo la curiosidad. Todo pasó con un orden admirable majestuoso; la emocion fue jeneral é inmensa. El Abate Dupauloup me dirijió una escortacion tan elocuente y llena de pensamientos profundos, que hizo derramar abundantes lagrimas. El Cardenal Vicario Patriei ofició; tambien se va á publicar una relacion de aquel dia, por lo cual no te daré otros detalles.

Desde mi bautismo, sigo en el Convento, para no manchar la blancura de mi ropa en los lodos del Carnaval. Esta noche daré principio á mi retiro que debe durar ocho dias. Es mucho lo que tengo que trabajar para recuperar el tiempo perdido; pero este trabajo es tan consolante y tan dulce!... A cada linea se encuentran nuevas fuerzas y nuevos tesoros. El P. J. de la compañía de Jesus me presentó ayer con Teodoro de Bussierre al Santo Padre; pe-

ro no podrè pintarte, la acojida tierna y afectuosa de tan ceselente, tan digno Pastor. Creia hallarme en presencia, no del primer Pontifice del mundo, del sucesor de S. Pedro, sino de mi padre. Èl me abrazaba, me acariciaba y me hablaba con el afecto mas familiar. Me regaló un Crucifijo y una medalla con su esijie. Me prometió enviar otras medallas milagrosas de la Archicofradia, que recibí despues y las hice bendecir; porque son una metralla, de la cual espero servirme utilmente en lo sucesivo. En fin concluyó diciéndome: *escribid á vuestro hermano que he recibido su historia de S. Bernardo, y que la he leído con mucho gusto. Os encargo que rogueis mucho á la Virgen Santísima por vuestra familia y por vuestros amigos; porque estoi seguro que seréis oido.* Despues me condujo á su dormitorio, y me hizo ver sobre su cama la famosa medalla de la Virgen Santísima. Tal es el digno Vicario de Jesucristo! La majestad lo rodea, pero èl se presenta humilde, sencillo, dulce y paternal. ¡Què edificacion y que ejemplo!

Un libro italiano ha publicado *tu historia de S. Bernardo* traducida, solicitando mi consentimiento para dedicármela. No dudarás que lo prestè con la mayor alegria...Nuestros dos nombres reunidos bajo el de S. Bernardo, cuya oracion ha sido tan eficaz!...Que encadenamiento de circunstancias dispuestas por la Providencia!...Que drama espiritual!...Cuan sensible es que aun haya personas espectadoras de èl, que permanecen frias, insensibles y ciegas!!!

Te suplico mucho mi querido Teodoro, que aprovechando estas circunstancias trabajes en dar algunos golpes grandes en Strasburgo. Escribe; te recomiendo mucho á mi pobrecita Flora, á su padre, á nuestra hermana Ernestina; en fin á todas, á todos. Que pensarán de mi conversion? Sin duda que me tendrán por un loco!

Muchas veces pienso en mis queridas hermanas y no puedo comprender hoy, como mujeres tan buenas, tan amables viven un dia tras otro, sin ocuparse un instante del fin del hombre....Ellas que tan feliz disposicion tienen

para comprender todas las bellezas del Cristianismo. Roguemos nosotros, querido hermano mio, por su conversión; solo á Dios esta reservado obrar conversiones súbitas, instantáneas. Lo que no pueden obtener los sermones mas elocuentes, las instancias mas vivas, las discusiones mas profundas y las escortaciones mas persuasivas, lo hace Dios con una sola mirada. ¿Serian ellas capaces de resistir dos veces á Dios?

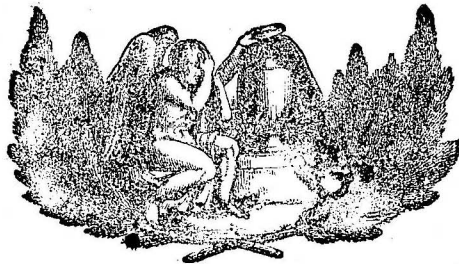
Perdóname, querido Teodoro, que te escriba cartas en que no se encuentra coneccion; porque todavia me siento agitado por las mas fuertes emociones, y porque á cada paso me interrumpen las visitas.

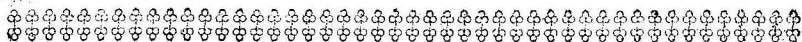
Mi salud que estaba tan decaida ha experimentado tambien un cambio milagroso; me hallo enteramente bueno y espero tranquilo las órdenes del Todopoderoso. No sé aun lo que será de mi; pero me decidiré, cuando conozca la voluntad de Dios.

A Dios mi querido Teodoro, te abraza y respeta

Tu hermano —

Maria Ratisbona.





CARTA

Dirijida al Señor Abate Des Genette, director de la Archicofradia; P. M.^a Maria Alfonso Ratisbona.

La noticia de la conversion de M.^a Alfonso Ratisbona, fue comunicada á la Archicofradia del Santo Corazon de Maria por el Señor Abate Ratisbona, nuestro Subdirector, el Domingo 30. de Enero a tiempo de los oficios de la tarde. Dificil seria pintar la impresion que hizo en todo el concurso tan interesante y tierna relacion. Cuando despues de haber referido todas las circunstancias de aquel maravilloso suceso, dijo el Abate Ratisbona: *ese Alfonso, de quien os hablo, es mi hermano....* no hubo mas que un sentimiento y un solo grito para espresarlo. Un *ah!* prolongado espresó las emociones de júbilo y admiracion que no podian contener los corazones de los concurrentes. ¡Cuántas y cuan dulces lagrimas corrieron! Admirando las divinas misericordias y regosijándose por la vuelta de este hijo á la casa de su padre; solo habian sentido hasta aquel momento la alegría propia de cristianos. Mas al escuchar la espresion de *es mi hermano*, todo el concurso se afectó vivamente del mismo gozo que el piadoso eclesiastico; como si cada uno se hubiera vuelto su hermano. Cuando bajaba del púlpito cantamos, por la insinuacion de muchos de nuestros Cofrades, el *Magnificat* en accion de gracias. Hacia un año que la familia del jóven Neófito era objeto de nuestros votos; y el mismo habia sido de nuevo y mai especialmente recomendado por su hermano á las oraciones públicas, quince dias antes de su conversion.

Deseosos de hacer participantes á todos los Compañeros de la santa alegría que rebosa en nuestros corazones, pero no queriendo tampoco presentar nada que no fuese muy exacto; suplicamos á M.^a Maria Alfonso que nos hiciera el mismo una relacion de su conversion. He aquí el extracto de la carta que nos escribió.

Colegio de Juilly Abril 12 de 1842.

En el momento de mi conversion, mi primer pensamiento y el impulso primero de mi corazon, fue sepultar este secreto junto con mi existencia en el fondo de un Claustro; para sustraerme al mundo que no podia comprender, y para consagrarme todo á Dios, que me habia hecho entrever y gustar una parte de los gozos celestiales. No quise hablar sin el permiso del Sacerdote á cuya presencia me llevaron, y que en aquel momento ocupaba para mi el lugar de Dios. Me ordenó que revelase lo que me habia sucedido y lo hice de viva voz del modo que entonces me fué posible. Hoy, despues de algunas semanas de retiro, abrazaré mas detalles, y los comunicaré á U. Señor Cura; á U. que ha fundado la Archicofradia para la conversion de los pecadores, porque U. es á quien ellos deben dar cuenta de las gracias recibidas del cielo.

Si me propusiera referir no mas que el hecho de mi conversion, bastaria una sola palabra, el nombre de *Maria*... Pero como se me ecsije mas, como se quiere saber quien es ese hijo de Abraham que encontró en Roma la vida, la gracia y la felicidad; quiero, invocando antes la asistencia de mi Celestial madre, esponer sencillamente la serie de todos los sucesos de mi vida.

Mi familia, bien conosida por sus riquezas y por su caracter benéfico; ocupa, por estos titulos hace ya mucho tiempo el primer rango en Alsacia. Es voz jeneral que mis abuelos fueron de notoria piedad; los cristianos, lo mismo que los judios, bendicen el nombre de mi abuelo.

único judío que en el reinado de Luis XVI obtuvo, no solamente el derecho de poseer propiedades en Strasburgo, sino también títulos de nobleza. Tal fué mi familia en otro tiempo; pero hoy han desaparecido enteramente de ella las tradiciones religiosas.

Empezé mis estudios en el Colejio Real de Strasburgo, pero hice mas progresos en la corrupcion del corazon, que en la instruccion del entendimiento.

Hacia el año de 1825 (yo habia nacido el 4.º de Mayo de 1814) sufrió mi familia el golpe mas terrible. Mi hermano Teodoro, en quien estaban fundadas todas sus esperanzas, se declaró cristiano; y poco tiempo despues desatendiendo las mas vivas súplicas y la desolacion que habia causado, se abanzó á ordenarse presbítero, y á ejercer su ministerio en la misma ciudad y á vista de su inconsolable familia. Apesar de ser yo niño, me irritó esta conducta de mi hermano y llegué á concebir un odio mortal á su habito, y á su carácter. Educado en medio de jóvenes cristianos tan indiferentes como yo, no habia sentido hasta aquel momento ni simpatia ni antipatia por el Cristianismo; pero la conversion de mi hermano, que yo miraba como una locura inesplicable, me hizo creer en el fanatismo de los Católicos, y llegué á mirarlos con horror.

Me sacaron del Colejio para ponerme en un establecimiento protestante, cuyo magnifico anuncio habia seducido á mis parientes. Los hijos de las grandes casas protestantes de Alsacia y de Alemania acudian á él con ardor á formarse para la vida de *moda de Paris*, y se aplicaban á los placeres mas que á las ciencias. Mas á pesar de esto, al salir del Colejio, me presenté á cesámenes; y por una suerte poco merecida fui recibido Bachiller.

Habiendo perdido á mi madre y pocos años despues á mi padre, me hallé á la salida del Colejio dueño de mi patrimonio. Me quedaba un digno tio, patriarca de toda la familia y un segundo padre, que por no tener hijos, habia puesto toda su afeccion en los hijos de su

hermano. Este tío, tan conocido en el mundo financiero por su lealtad y saber poco común, quería asociarme al Banco de que era Jefe. Mas fue preciso que estudiase antes el derecho en París, y después de haber recibido el título de licenciado y vestido el traje de abogado, fui llamado otra vez á Strasburgo por mi tío que hizo todo lo posible por fijarme á su lado. Nunca podré enumerar todas sus liberalidades porque me prodigaba caballos, coches, viajes con la mayor jenerosidad, satisfaciendo todos mis caprichos. Añadiendo a estos testimonios de afección una prueba positiva de su confianza, me dió la firma de la casa, prometiéndome tambien el título y las ventajas de Socio.... Promesa que cumplió puntualmente el 4.º de Enero del presente año de 842. Esta noticia la recibí en Roma.

Mi tío solo me reconvenia de una cosa, de mis frecuentes viajes á París: *mucho te gustan los Campos Eliseos* me decia él con su bondad natural. Me lo decia con razon, porque mi inclinacion dominante era á los placeres, mientras que los negocios me aburrían. El aire de un bufete me sofocaba, persuadido que solo estamos en el mundo para gozar; y aunque un pulso natural me alejaba de los placeres y sociedades innobles, todo mi pensamiento y toda mi pasion estaban en las fiestas y diversiones.

En aquella época se me presentó por fortuna una buena obra, capaz de satisfacer la necesidad que sentia de una vida activa. Esta obra era la *rejeneracion* de los pobres Israelitas, llamada impropriamente tal; pues al presente comprendo que para rejenerar á un pueblo sin religion, se necesita otra cosa mas que dinero y loterias de caridad. Mas como entónces creia yo en la posibilidad de aquella renovacion, llegué á ser uno de los vocales mas celosos de la *sociedad de estímulo al trabajo en favor de los jóvenes Israelitas*; sociedad que mi hermano el presbitero habia fundado quince años antes en Strasburgo, y que siempre ha subsistido á pesar de los pocos recursos de que podia disponer.

Llegué á llenar su caja, y creí que habia hecho

mucho. O caridad cristiana! Con que lástima habrias visto mi orgullosa satisfaccion! El judio se estima mucho cuando dá mucho; el cristiano lo dá todo y aun se mira con desprecio: se desprecia, mientras no se dá el mismo, y cuando se ha dado enteramente, se desprecia todavia.

Me ocupaba, pues, con el mayor empeño de la suerte de mis pobres correligionarios, aunque yo no tenia ninguna religion; porque judio solo en el nombre, no creia ni aun en Dios. Jamás abrí un libro de religion; y en la casa de mi tio, lo mismo que en la de mis hermanos y hermanas, jamas se practicaba precepto alguno del judaismo.

Colocado en el seno de la abundancia, sentia sin embargo un gran vacio en mi corazon, y no era feliz. Sentia que me faltaba algo, y ese algo se me concedió tambien...al menos lo creia así!

Una sobrina, hija de mi hermano mayor me habia sido destinada, desde que aun eramos niños. Desarrollándose á mi vista con los mayores encantos; veia yo en ella todo mi porvenir y toda la esperanza de felicidad que podia presentarme mi imaginacion. No es oportuno hacer en este lugar el elogio de la que debia ser un dia mi esposa. Seria inútil para los que no la conocen; pero los que la han visto, saben bien que es imposible imaginarse una jóven mas interesante, mas amable y mas graciosa. Era una creacion particular para mi, destinada á completar mi existencia. Creí que no faltaba mas para mi felicidad, cuando los votos de toda mi familia, acordes con nuestras mútuas simpatias, resolvieron este enlace, tanto tiempo deseado.

En efecto celebrados mis esponsales, la alegria de toda mi familia llegó á su colmo. Mis hermanas eran felices: no se quejaban mas que de mi estremado amor á mi desposada y confesaban estar celosas; porque debo decir que pocas familias habrán que se amen como la mia. La union mas intima, la afeccion mas tierna, reina y reinó siempre entre mis hermanos y hermanas, llegando nuestro amor ca-

si hasta la idolatria... Oh son tan buenas mis hermanas, tan tiernas!... Porquè no son cristianas?

Solo un individuo de la familia me era odioso, mi hermano Teodoro. Sin embargo el nos amaba tambien; pero su traje me repelia, su presencia me ofuscaba y su tono serio y grave excitaba mi cólera. Un año antes de mis esponsales le espresé mi resentimiento en una carta que debia haber roto para siempre todas nùestras relaciones. No hubo otro motivo que el que hallandose un niño en agonias, mi hermano Teodoro pidió abiertamente permiso á sus padres para bautizarlo. Pareciéndome este proceder una villania, escribi al presbitero previniéndole que para tales intentos se dirijiese á hombres y no á niños, y empleando tales inyectivas y amenazas, que aun hoy mismo me admiro de que mi hermano no me hubiese respondido una sola palabra. El continuó sus relaciones con el resto de la familia; porque yo no quise verle mas, abrigando un odio amargo contra los clérigos, las iglesias, los conventos y sobre todo contra los Jesuitas, cuyo solo nombre provocaba mi furor.

Felizmente mi hermano se ausentó de Strasbùrgo, que era lo que yo deseaba. Llamado á Paris á la Iglesia de N. S. de las Victorias, ofreció al despedirse de nosotros rogar en su nuevo destino incesantemente por la conversion de sus hermanos y hermanas. Su partida me alivió de un gran peso; pero cediendo á las instancias de mi familia, le escribi con motivo de mis esponsales dirijiéndole algunas excusas.

El me respondió en tono afectuoso, y me recomendó sus pobres, á los cuales facilité una pequeña suma.

Despues de aquella especie de reconciliacion, no tuve mas relaciones con Teodoro, ni volvi á pensar en él; lo olvidé... mientras que él rogaba por mí! Aqui debo indicar cierta revolucion que sentia obrarse en mis ideas relijiosas, cuando contraje mis esponsales.

Ya he dicho antes que no creia en nada, y en tan absoluta nulidad, y en esa privacion de toda fe, conservaba

la mejor armonia con mis amigos, fuesen Católicos ó protés-
tantes. Mas la presencia de mi desposada empezó a despertar
en mi un cierto sentimiento de la dignidad humana; empe-
zó a creer en la inmortalidad del alma, á dirigirme á Dios
como por instinto, á darle gracias de mi felicidad, pero sin
ser por eso feliz... No podria explicarme estos sentimientos;
miraba á mi desposada como á mi anjel bueno, se lo decia
muchas veces; y al pensar en ella, sentia que mi corazon se
elevaba á un Dios que no conocia, á un Dios que no habia
invocado jamas.

Como mi desposada era de tan tierna edad, pues
solo contaba 16 años, juzgó conveniente la familia diferir el
matrimonio; y que entretanto viajase yo por via de recreo.
Mas no sabia por donde empezar mis viajes; porque una de
mis hermanas, establecida en Paris, queria que pasase algun
tiempo a su lado: un eceselente amigo me llamaba á España;
mientras que otros me proponian con instancia mil proyec-
tos seductores, que resisti. Al fin resolví ir á Napoles, pa-
sar el invierno en Malta para fortificar mi salud delicada, y
volver despues por el Oriente. Procurandome cartas de re-
comendacion para Constantinopla me puse en camino á fines
de Noviembre de 1844, con el animo de regresar a princí-
pios del Verano siguiente. Pero qué triste fué mi partida
al dejar la que tiernamente amaba y habia de ser mi espo-
sa!...Un tio que se franqueaba solo conmigo...hermanas, her-
manos y sobrinas, cuya compania me era tan grata...aque-
llas escuelas de trabajo, aquellos pobres Israelitas, cuya suer-
te me ocupaba tanto, y en fin muchos amigos que me ama-
ban; amigos de la infancia, que no podia dejar, sin derra-
mar lagrimas, porque los amaba, como los amo todavia!...

Tener que partir y partir solo para un viaje tan largol
Este pensamiento me causaba una profunda melancolia. *Pe-
ro tal vez me decia yo, Dios me proporcionará un amigo
en mi viaje!!*

No puedo dejar de recordar aqui dos cosas singula-
res, cuyo pensamiento me hace hoy una impresion profunda.

Antes de emprender mi viaje, quise firmar una multitud de chancelaciones relativas á la *Sociedad de estímulo al trabajo*. Les puse la fecha anticipada del 15 de Enero, y á fuerza de escribirla en tantos documentos me cansé; y me dije á mi mismo, dejando la pluma. *Dias sabe donde estaré el 15 de Enero, y si ese dia será tal vez el de mi muerte!* Pero ese dia debía hallarme en Roma; ese dia debía ser para mi la aurora de una nueva vida!

La otra circunstancia fué la reunion de muchos Israelitas notables, que se juntaron para discutir los medios de reformar el culto judaico, y ponerlo en armonia con el espíritu del siglo. Concurri á esta reunion, en que cada uno espuso su parecer sobre las reformas proyectadas; y en la cual habieron tantas opiniones como individuos. En ella se discutió mucho, se pusieron en cuestion todas las conveniencias del hombre, las esijencias de la época, lo que dictaban la opinion y las ideas de civilizacion; pero al mismo tiempo que se hacia valer toda especie de consideraciones, solo se olvidó una: la lei de Dios. No solo no se trató de ella, pero á lo que me acuerdo, ni aun se pronunció una sola vez el nombre de Dios, el de Moyses, ni el de la Biblia.

Mi parecer fue, que, sin recurrir á los libros ni á los hombres, propendiéramos á que cayeran por sí las formas religiosas; y á que todos juntos y cada uno practicase su creencia como la concibiera. Este parecer acredita bien cuan profundo era mi saber en materia de religion, y que yo era progresista; pero al fin nos separamos sin haber hecho nada.

Un Israelita, mas sensato que yo, emitió esta opinion notable que refiero testualmente: *es preciso dijo que si no queremos vernos sepultados bajo las ruinas de este viejo templo, cuyos restos estan crujiendo por todas partes; nos demos prisa á salir de él cuanto antes.*—Palabras llenas de verdad, que cada Israelita repite hoi en su interior. Mas ah! hacen ya dieziocho siglos que han salido de su viejo templo, y no acaban de entrar en el nuevo, cuyas puertas las tienen abiertas.

Sali en fin de Strasburgo derramando muchas lágrimas, ajitado de un tropel de temores y de mil estraños presentimientos. En la primera posta me sacaron de mis cavilaciones muchos gritos de alegría acompañados de música. Era una fiesta de novios que salia de la Iglesia de la aldea con mucho regosijo y al son de flautas y violines rústicos. Los convidados rodearon mi carruaje, como obligandome á que tomase parte en su alegría: *pronto llegará mi vez!*...esclamè; y este pensamiento dispó mi tristeza.

En Marsella me detube algunos dias, porque mis parientes y amigos me obsequiaron con diversiones; y apenas pude arrancarme de aquella elegante hospitalidad.

Cuesta mucho, en efecto, alejarse de las costas de Francia, cuando se deja atras una vida entera de afeccion y tantos recuerdos amables. Aparte de los lazos que me retenian en aquellas costas, parecia que el mar mismo me negaba el paso, levantando montañas; pero esas montañas se allanaron delante del Vapor que me trasportaba á Nápoles. Bien pronto pude gozar del espectáculo de esa inmensidad que se iba desplegando sobre mi cabeza. Pero lo que me causaba mas admiracion que el cielo y el mar era el hombre, débil criatura que arrostra los peligros y domina los elementos. Mi orgullo se levantaba mas que las olas del mar, formando montañas menos flecsibles, que esas mismas olas que nos azotaban.

Antes de llegar el navio á Nápoles hicimos un descanso en Civita. = Vecchia; y á tiempo que entrabamos en el puerto, el cañon de la fortaleza tronaba con estruendo. Me informé con una maligna curiosidad que motivo podia haber para que se sintiera tal aparato de guerra en los dominios pacíficos del Papa. —Se me respondió: que era la fiesta de la Concepcion de Maria. —Me encoji de hombros, y no quise desembarcar.

Al dia siguiente llegamos á Nápoles alumbrados de un sol magnifico, que centelleaba sobre la humadera del Vesubio. Ninguna escena de la naturaleza me habia deslumbrado.

do mas hasta entónces. A la vista de aquel espectáculo recordaba con entusiasmo las brillantes imagenes que los artistas y los poetas presentan del cielo.

Pasé un mes en Napoles por verlo todo y por escribir sobre todo; escribi particularmente contra la Religion y contra los sacerdotes, que en aquel afortunado pais, me parecian mas inútiles que en cualquier otro. Oh! cuantas blasfemias contenia mi diario! Si hablo de ellas, es solo para dar una idea de la mala disposicion de mi espiritu. En cartas que escribi á Strasburgo decia, que sobre el Vesubio habia bebido *lacrima cristi* á la salud del Abate Ratisbona; y que esas lágrimas me hacian mui buen provecho. No me atrevo a repetir todos los horribles equívocos que me tomé la libertad de proferir en aquella ocasion.

Mi desposada me preguntó si pensaba yo como los que dicen: *ver á Nápoles y morirse*. Le contesté que *no, si no ver á Nápoles y vivir; vivir para volverla á ver*. Tales eran mis disposiciones. Por entónces no sentia ni el mas pequeño deseo de ir á Roma; á pesar de que dos amigos de mi familia, M.^r Coullonan protestante y antiguo diputado de Strasburgo y el señor Baron de Rolschild, cuya familia me prodigaba los mas cordiales obsequios, me lo propusieron con la mayor instancia....Deseosa mi desposada de que fuese á Malta en derecha, me acompañó una carta de mi mèdico que me encargaba pasase el invierno en aquella ciudad, con la prohibicion espresa de ir á Roma á causa de las fiebres malignas tan dominantes, segun él, en este punto.

Habian mas que suficientes motivos para desviar-me del pensamiento de ir á Roma; aunque tal viaje hubiese estado en mi itinerario. Resuelto pues á ir á aquella ciudad despues de mi regreso del Oriente, contratè mi pasaje para Sicilia, a bordo del Monjibello. Un amigo que me habia acompañado en la Gondola, me prometió volver á despedirse, cuando me embarcara; pero aunque volvió, no me encontró en el paraje convenido. Si alguna vez M.^r de Richcocort llega á saber el motivo porque falté; no estrañará

mi impolítica, y sin duda tendrá la bondad de perdonármela.

M.^r Coulmann me habia proporcionado el conocimiento de un sujeto digno y amable, que debia hacer tambien el viaje de Malta: considerandome feliz con su compañía, me dije á mi mismo *he aqui el amigo que el cielo me ha deparado!*

Entretanto la Gondola no habia salido aun el primer día del año; y este día se me presentaba bajo los mas tristes auspicios. Me veia solo en Napoles sin que una sola persona formase votos por mi, y sin tener á quien estrechar en mis brazos; pensaba en mi familia, en las felicitaciones y fiestas que en tal época del año rodean á mi buen tío; derramaba lagrimas; y la alegría de los napolitanos no me causaba otro efecto que aumentar mi tristeza. Deseando distraerme, sali de casa y seguí maquinalmente á la multitud y al llegar á la plaza del Palacio, me encontré sin saber como, en la puerta de una iglesia. Entré en ella, creo que á tiempo en que se celebraba la misa; maquinalmente me estube allí en pié y apoyado en una columna; senti que mi corazon se abria, como para respirar una admósfera desconocida. Sin ocuparme de lo que pasaba en la iglesia, oraba á mi modo por mi desposada, por mi buen tío, por mi difunto padre, por mi tierna madre que habia perdido siendo aun jóven, en fin por todas las personas que amaba; y pedia a Dios me guiase en los proyectos de mejorar la suerte de los judios, cuyo pensamiento no se separaba nunca de mi.

Mi tristeza habia desaparecido, del mismo modo que el viento disipa y aleja una nube oscura. Inundado interiormente de una calma inesplieable me sentia consolado, como si una voz me dijera: *tu oracion ha sido oida.* Ah! lo habia sido al centuplo, y mas allá de mis previsiones; porque en el último día del mismo mes debia recibir solemnemente el Bautismo en una Iglesia de Roma! Però cómo

es que fui á esta ciudad? No lo puedo decir, ni aun explicármelo á mi mismo. Creo que me equivoqué en el camino, y que en lugar de ir al despacho donde se contrata el pasaje para Palermo; me hallé en el de las diligencias de Roma. Entré y tomé mi asiento; haciendo advertir á M.^r Bigne (el amigo que debia acompañarme en el viaje á Malta) que no habia podido resistir al deseo de hacer una corta escursion á Roma, de donde regresaria para salir de Nápoles el 20 de Enero precisamente. Hice mal en comprometerme, porque Dios es el que dispone; y ese 20 de Enero estaba destinado á marcar mi vida de otro modo. Salí pues de Nápoles el 3, y llegué á Roma el 6, dia de los Reyes. Mi compañero de viaje era un ingles llamado Marschal, cuya conversacion orijinal me divirtió mucho en el camino.

Al principio no me causó Roma la impresion que yo esperaba; porque resuelto á emplear pocos dias en esta escursion improvisada, me apresuré á recorrer rapidamente todas las ruinas antiguas y modernas que ofrece á la curiosidad ansiosa de un viajero. Las acumulé sin orden alguno en mi imaginacion y en mi diario. Visité con una admiracion monótona las Galerias, los Circos, las Iglesias, las Catacumbas y las innumerables magnificencias de Roma. Las mas veces me acompañaban mi ingles, y un lacayo de la diligencia. No sé cual era su religion, porque ninguno de ellos se declaró cristiano en las Iglesias; y, si no me engaño, me presenté yo en ellas con mas respeto que los dos. El 8 de Enero oigo, en medio de mis correrias, una voz que me llama; era un amigo de la niñez, Gustavo de Bussierre. Al verlo me consideré feliz, porque mi aislamiento me oprimia indeciblemente. Fuimos á comer á casa de su padre; y en aquella agradable compañía esperiménté el gozo que se siente en una tierra extranjera, al recobrar los vivos recuerdos del pais nativo.

Quando entramos en el salon, salia de él, el hijo mayor de aquella familia respetable. Yo no conocia

personalmente al Baron de Theodore, pero sabia que era amigo de mi hermano el Abate, su homonimo, digámoslo asi, que habia abandonado el Protestantismo, por hacerse Católico; y esto era bastante para inspirarme una profunda antipatia contra él. Me pareció que abrigaba el mismo sentimiento con respecto á mi; pero como M.^r Teodoro de Bussierre se habia hecho conocer por la publicacion de sus viajes al Oriente y á Sicilia me alegrè tener aquella ocasion de pedirle algunas indicaciones: y sea por este motivo ó por mera urbanidad le manifestè la intencion de hacerle una visita. La aceptó con mucho agrado diciéndome que acababa de recibir cartas del Abate Ratisbona, cuyo nuevo sobrescrito podia indicarme; le contestè que tendria gusto en saberlo, aunque no hacia uso de él. No pasamos adelante; y al separarnos sentí un disgusto interior por haberme comprometido á una visita inutil, perdiendo un tiempo, del que me mostraba tan aváro.

Empleè casi todo el dia en recorrer á Roma, excepto las dos horas que pasè con Gustavo, el descanso que por la noche tuve en el teatro y despues hasta la hora de acostarme. Mis conversaciones con Gustavo fueron animadas; porque entre dos camaradas de Colejio los menores recuerdos suministran asuntos inagotables de risa y de charla. Como él era celoso protestante y entusiasta como todos los *pietistas* de Alsacia, no se cansaba en ponderarme la superioridad de su secta sobre todas las cristianas, y procuraba convertirme. Su intento me divertia mucho; porque creia antes que solo los Católicos tenian la mania del *proselitismo*. Le respondí siempre con chanzas; pero se me escapó como por consolarlo, la promesa de que si alguna vez tuviese el antojo de convertirme; me haria *pietista*. Se lo asegurè y en correspondencia me prometió asistir á mis bodas por el mes de Agosto. Fueron inútiles sus instancias para que me detubiera en Roma lo mismo que las de otros amigos M. M. E. D' Humann y Alfred de Lotzbeck que se unian á él para que me resolviese á

pasar el Carnabal; pero temí disgustar á mi desposada y me acordé que M.^r Bigne me esperaba en Nápoles para salir el 20 de Enero.

Me aproveché, pues, de las últimas horas de mi permanencia en Roma para acabar mis correrías. Pasé al Capitolio, y visité la Iglesia de Araceli. El aspecto imponente de aquel templo, los cánticos solemnes que resonaban en su vasto recinto, los recuerdos históricos que cesitaba en mi el suelo que estaba pisando, todas estas cosas reunidas me causaron una impresion profunda. Yo me sentí conmovido, penetrado, fuera de mi hasta tal punto que advirtiéndolo el lacayo de la diligencia, me dijo, mirándome friamente, *que mas de una vez habia observado la misma emocion en los extranjeros que visitaban el Araceli.*

Al bajar del Capitolio me hizo mi Ciceronne atravesar el Ghetto (barrio de los judios); y al pasar por él sentí una emocion mai contraria. *¿Cómo me dije, al contemplar aquel espectáculo de miseria, es esta esa caridad de Roma que tanto se ensalza? Me estremecia de horror, preguntándome si un pueblo entero podia merecer tan bárbaro tratamiento y prevenciones tan interminables por haber hecho morir á un solo hombre 18 siglos antes!... Ah! yo no conocia entonces á ese solo hombre, è ignoraba el grito sanginario proferido por aquel pueblo... grito que no me atrevo á repetir, al recordar el exhalado en la Cruz! Perdónalos, Dios mio, porque no saben lo que se hacen!*

Me acuerdo que cuando escribi á mi familia, lo que habia visto y sentido, dije, *que preferia hallarme mas bien entre los oprimidos, que en el campo de los opresores.* Volvi al Capitolio, y en el Araceli encontrè mucho movimiento con motivo de una ceremonia que se preparaba para el dia siguiente. Informado que se disponia el bautismo de dos judios de Ancona; no podrè esplicar la indignacion que sentí, al saberlo. Pero cuando me preguntó mi guia si querria asistir: *yo!, esclamé, yo! asistir á tales infamias! No,*

no; no podría contenerme, y me arrojaria sobre los bautizantes, y sobre los bautizados! Aquí debo decir, sin escasez alguna, que nunca me habia sentido mas escasado contra el Cristianismo que desde que vi el Ghetto; no me cansaba de proferir blasfemias y sarcasmos.

La visita, que entre otras de despedida, tenia que hacer al Baron de Bussierre se presentaba á mi imaginacion, como una obligacion malhadada, que me habia impuesto gratuitamente. Mas como por fortuna no le habia escijido las señas de su casa, me alegrè de tener esta escusa para no cumplir mi promesa. El 45 me fui á contratar mi asiento en los carruajes de Nápoles; y se fijó la partida para el 47 á las 3 de la mañana. Mas como me quedaban aun dos dias, los empleè en nuevas correrias. Al salir de un almacén de libros en que habia visto algunas obras sobre Constantinopla, me encuentro en el *Corso* con un criado de M.^r Bussierre padre, el cual se llega á mi y me saluda. Le pregunto por la casa de M.^r Teodoro de Bussierre, y me responde con el acento de Alsacia Piarra Nicosia n.^o 38.

Me fuè, pues, preciso, por gusto ó por fuerza, hacer esta visita, que aun resisti veinte veces; pero me decidí al fin trazando sobre mi tarjeta un PP. C. Busquè esta plaza Nicosia, y despues de mil vueltas y rodeos, llego al n.^o 38: era precisamente la puerta inmediata al despacho de diligencias, en que habia contratado mi asiento aquel mismo dia. Conoci pues que habia andado mucho para volver al mismo punto de mi partida; itinerario de mas de una existencia humana! Pero del mismo punto en que me hallaba entónces, iba á partir otra vez para hacer un camino diferente! Mi entrada en casa de M.^r Bussierre me causó mal humor; porque el criado en vez de recibir la tarjeta que le presentaba, me anunció è introdujo en el salon. Procurè disimular mi disgusto como pude bajo las formas de la sonrisa, y fui á sentarme cerca de Madama la Baronesa de Bussierre, que en aquel momento estaba rodeada de sus dos

pequeñas hijas, graciosas y encantadoras como los Anjeles de Rafael. La conversacion, que al principio habia sido vaga y superficial, tomó bien pronto el colorido de la pasion con que referi las impresiones que me habia causado Roma.

Yo miraba al Baron de Bussierre como á un *beato* en el sentido maligno que se dá á esta voz; y me alegré mucho de tener una ocasion para mortificar sus oidos hablando sobre el estado de los judios romanos. Aunque esto me desquitaba las declamaciones, introdujeron naturalmente la conversacion en el terreno religioso. M.^r de Bussierre me habló de las grandezas del Catholicismo; pero le respondi con las ironias é imputaciones que habia leido ú oido tantas veces, si bien reprimiendo un poco mi prurito de impiedad por respeto á Mad. de Bussierre y á la fè de los niños tiernos que jugaban á nuestro lado.—*En fin*, me dijo M.^r de Bussierre, *ya que detesta U. tanto la supersticion y profesa doctrinas tan liberales, ya que es U. un espíritu fuerte tan ilustrado; no temerá someterse á una prueba mui inocente.—¿Qué prueba?—La de llevar consigo una cosa que le voi á dar...esta! Es una medalla de la Virgen Santísima. No es verdad que le parece mui ridiculo? Pero yo doi una gran importancia á esta medalla.*

Como yo no esperaba tal salida, confieso que la proposicion me dejó pasmado por su singularidad. Mi primer impulso fué reirme encojiendo los hombros; pero habiéndome ocurrido el pensamiento de que tal escena me presentaria un capitulo divertido para mis impresiones de viajes, consentí en tomar la medalla como una pieza justificativa que podia presentar á mi desposada. Dicho y hecho: me pusieron la medalla al cuello, no sin trabajo, porque el nudo era demasiado corto, y el cordon no pasaba. En fin á fuerza de muchos tirones llegué á tener la medalla en mi pecho, y esclamé, dando una gran carcajada, *ya me tienen UU. Católico, Apostólico Romano.* El demonio era en aquel momento el que profetizaba por mi boca.

Pero M.^r de Bussierre ufano con su victoria y

queriendo sacar de ella todas las ventajas posibles: *ahora*, me dijo, *falta completar la prueba. Se trata de que por la mañana y por la noche repita U. el Memorare, oracion mui corta, y eficaz que S. Bernardo dedicó á la Virgen Maria.—Que viene á ser ese Memorare?* dije yo; *vaya, dejémonos ya de disparates.* En aquel momento se renovó toda mi animosidad; porque el nombre de S. Bernardo me recordaba a mi hermano, que habia escrito su historia, y cuya obra jamas habia podido hacer ánimo de leer.—Tal recuerdo despertó tambien toda mi saña contra *el proselitismo, el jesuitismo, y cuantos yo llamaba Tartufos, y apóstatas.*

Pedi á M.^r de Bussierre que no pasaramos adelante; y burlandome de él, dije, que sentia no tener una oracion hebraica que ofrecerle para que el partido fuese igual: pero ni la tenia, ni sabia yo ninguna. Insistiendo mi interlocutor, me dijo: que si reusaba repetir esta corta oracion hacia nula la esperiencia; y daba una prueba de que con mucha justicia se califica á los judios de obstinados. Por no dar mucha importancia á la cosa, le dije: *pues bien ofrezco á U. rezar esa oracion; sino me hace bien, tampoco me hará mal.* Fué á buscarla, y me propuso que la copiase. Condescendi en ello respondiéndole: *está bien però con la condicion de que entregaré á U. mi copia, y me quedaré con el orijinal;* mi intencion era enriquecer mis notas con esta nueva pieza justificativa.

Quedamos perfectamente contentos el uno del otro: en resumen nuestra conversacion me pareció orijinal, y me divirtió mucho. Nos separamos, y fui á pasar la noche en el teatro, donde me olvidé de la medalla, y del *Memorare.* Al volver á casa me encontré con una tarjeta de M.^r de Bussierre que habia venido á pagarme la visita, y que me invitaba á volver á verlo antes de mi partida. Como tenia que restituirle su *Memorare*, y partir al dia siguiente, acomodé mis cargas y preparativos de viaje; y en seguida me puse á copiar la oracion, que estaba concebida en estos mismos términos.

«Acordaos, O piadosísima Virjen María, que jamas
 »se ha dicho que ninguno de los que han recurrido a vues-
 »tra proteccion, implorado vuestro socorro y pedido vuestra
 »intercesion; se haya visto abandonado. Lleno de tal con-
 »fianza, vengo, O Virjen de las Virjénes, á arrojar me en
 »vuestros brazos, y jimiendo bajo el peso de mis pecados,
 »me prosterno á vuestros pies...¡O Madre del Verbo! no
 »desprecieis mis súplicas, escuchadlas mas bien favorable-
 »mente, y aceptadlas”.

Copie estas palabras de S. Bernardo maquinal-
 mente y sin ninguna atencion; entretanto la hora estaba
 avanzada, me sentí cansado y necesitaba dormir.

Al dia siguiente 16 de Enero hice firmar mi
 pasaporte y concluí todos los preparativos del viaje; pero
 mientras andaba de una parte á otra, repetia sin cesar las
 palabras del *Memorare*. ¿Cómo era, O Dios mio, que esas
 palabras se habian apoderado de mi espiritu con tal ahin-
 co? Yo no podia escusarme de pronunciarlas; se me ve-
 nian á la memoria á cada momento, y las repetia conti-
 nuamente como se repiten esos aires de música que nos
 persiguen, digámoslo asi, nos impacientan, y que gorjea-
 mos involuntariamente, y aun apesar nuestro.

Hacia las once del dia pasé á casa de M.^r de
 Bussierre á devolverle su, para mi, inesplicable oracion.
 Habiéndole hablado de mi viaje al Oriente, sobre lo que
 me dió excelentes noticias; me dijo derrepente: *pero es estra-
 ño que U. quiera dejar á Roma, precisamente en unos dias
 en que todo el Mundo se afana por venir á presenciar
 las pompas de S. Pedro. Tal vez no volverá U. nunca,
 y sentirá haber perdido una ocasion que muchísimos bus-
 can con tan ansiosa curiosidad.*

Le respondi que ya habia contratado y pagado mi
 asiento, comunicándolo tambien á mi familia, cuyas cartas
 me esperaban sin duda en Palermo; y que por último no
 era ya tiempo de variar mis disposiciones, y debia partir
 sin demora.

Este coloquio fue interrumpido por la llegada del Cartero que traia a M.^r de Bussierre una carta del Abate Ratisbona. Me la presentó y la lei sin ningún interes, porque solo trataba de una obra religiosa que M.^r de Bussierre hacia imprimir en Paris; y tambien porque ignoraba mi hermano que estubiese yo en Roma. Este incidente inesperado debia, pues, abreviar la visita por mi propension habitual de alejar cualquier recuerdo de mi hermano:

Mas por una influencia que no puedo comprender, resolví detenerme en Roma; concediendo á las instancias de un hombre, que apenas conocia, lo que con tanta tenacidad habia reusado á mis amigos y camaradas.

¿Cuál era, O Dios mio, el impulso irresistible que me hacia obrar contra lo que queria? ¿No era el mismo que de Strasburgo me arrastró á Italia, á pesar de las insinuaciones que se me hacian desde Valencia y desde Paris? ¿No era el mismo que desde Napoles me llevó á Roma, apesar de mi resolucion de ir á Sicilia? ¿No era por fin el mismo que en Roma, á tiempo ya de partir, me forzó á hacer la visita que tanto repugnaba, mientras que me faltaba tiempo para hacer otras de mi gusto? ¡O conducta de la Providencia! ¿Con qué hai una influencia misteriosa que preside los pasos del hombre en el camino de la vida? En mi nacimiento habia recibido el nombre de Tobias con el de Alfonso; olvidé mi primer nombre pero el ángel invisible no lo habia olvidado. M.^r Bussierre era el verdadero amigo que el Cielo me enviaba, y yo no lo conocia. Ah! hai tantos Tobias en el mundo que no conocen á su guia celestial, y resisten su voz!...

No era mi ánimo pasar en Roma el Carnabal si no ver al Papa: M.^r de Bussierre me aseguró que lo veria el primer dia en S. Pedro. Fuimos pues, á hacer juntos algunas correrias. Nuestras conversaciones recaian sobre cuanto se presentaba á la vista; sobre un monumento, sobre un cuadro, sobre las costumbres del pais, sin que las cuestiones religiosas dejaran de mezclarse á estos asuntos.

M.^r de Bussierre las hacía ofrecer con tanta naturalidad, insistía en ellas con tal ardor; que más de una vez me dije interiormente, que si algo podía alejar á un hombre de la Religión, era el empeño mismo de convertirlo. Pór mi inclinación natural, me reía de las cosas más graves, y todas mis ocurrencias jocosas eran animadas por un espíritu infernal de blasfemias, que hoy no me atrevo á recordar por el horror que me causan.

Pero M.^r de Bussierre espresando al mismo tiempo su dolor, se mostraba siempre tranquilo é indulgente, hasta decirme una vez: *apesar de todas sus ecsaltaciones, estoi convencido de que algun día será U. cristiano; porque tiene un fondo de rectitud que me tranquiliza, y persuade que será iluminado, aun cuando para esto sea preciso que el Señor le mande un ángel desde el cielo.—Si así es, está bien,* le respondí, *porque de otro modo la cosa es muy difícil.* Al pasar delante de la Scala Santa, M.^r de Bussierre, lleno de entusiasmo, se paró en el coche, y descubriéndose la cabeza, dijo: *yo os saludo Santa Escalera! aquí teneis un pecador, que un día subirá de rodillas por vuestras gradas.*

No podré espresar la impresion que produjo en mí aquel movimiento inesperado, aquel extraordinario honor tributado á una escalera. Me reí de acción tan extravagante; y cuando despues atravesamos por la deliciosa *Villa Wolkonski*, cuyos jardines siempre por floridos están entrecortados por los acueductos de Nerón exclamé á mi vez, parodiando el primer apóstrofe: *yo os saludo verdaderas maravillas de Dios! delante de vosotras debe postrarse el hombre, mas bien que delante de una escalera!*

Estos paseos en coche continuaron los dos días siguientes, y duraban una ó dos horas. El miércoles 19, volví a ver á M.^r de Bussierre que me pareció triste y abatido. Me retiré por discrecion, y sin preguntarle la causa de su pesar, que solo llegué a saber el día siguiente á medio día en la Iglesia de S. Andres de los Hermanos.

Debía partir el 22, porque de nuevo había contratado mi asiento para Nápoles. Con las cavilaciones de M.^r de Bussierre se había entiviado tanto su ardor proselitico, que me pareció que estaba olvidado de su medalla milagrosa; mientras que yo repetía entre dientes y siempre con impaciencia la invocación perpetua de S. Bernardo.

Entretanto á media noche del 19 al 20, me desperté sobresaltado, y veo delante de mi fija una gran cruz negra de forma particular, y sin Cristo. Hice mil esfuerzos para desechar esta imagen; pero no la podía evitar, y á cualquier lado que me volviese, siempre se me presentaba delante. No podré decir cuanto tiempo duró esta lucha, pero me volví á dormir; y cuando desperté al día siguiente no pensé mas en aquello. Me acuerdo, que en una carta dirigida á la hermana menor de mi desposada, entre otras muchas que tenía que escribir, concluí con estas palabras: *Dios os guarde!...* Después recibí una carta de mi desposada con la misma fecha del 20 de Enero; la cual por una singular coincidencia concluía también con las mismas palabras: *Dios os guarde!...* Aquel día en efecto estaba bajo la guardia de Dios!... Si la mañana de aquel día me hubiera dicho alguno: *te has levantado judío, y te acostarás cristiano...* si alguno me hubiera dicho esto, lo habría yo mirado como al mas grande de todos los locos.

El día 20 de Enero, después de haber almorzado en la posada, y llevado yo mismo mis cartas al correo; fui á casa de Gustavo *el pietista*, que con motivo de la caza había estado ausente algunos días, y acababa de llegar. Como se admiró de encontrarme aun en Roma, le dije que me había detenido por el deseo de ver al Papa. *Mas me iré sin verlo, porque aunque me habían asegurado que asistiría á las ceremonias de S. Pedro, no ha sido así.*

Gustavo quiso consolarme irónicamente, hablándome de otra ceremonia muy curiosa que debía celebrarse en santa Maria la Mayor; de la bendición de los animales. Con este motivo empezaron á llover aquellos equívocos ma-

liciosos, y aquellas pullas, que es facil figurarse entre un judío y un protestante.

Nos separamos como á las once despues de haber-nos citado para ir el dia siguiente juntos a eexaminar un cuadro que habia mandado trabajar nuestro compatriota el Baron de Lotzbeck. Me fui en seguida á leer los periódicos en un café de la plaza de España. Apenas entrè vino M.^r Edmond Humann, hijo del Ministro de Hacienda á sentarse á mi lado; y nos pusimos á hablar alegremente sobre Paris, las artes, y la politica. Poco despues se acercó otro amigo protestante M.^r Alfred de Lotzbeck, con el cual tuve una conversacion aun mas futil; porque hablamos de caza, de diversiones, de las fiestas del Carnabal, de la noche brillante que habia dado el Duque de Torlonia. No olvidamos las funciones de mi casamiento, á las que convidé á M.^r de Lotzbeck, y me prometió asistir.

Si en aquel momento, que era medio dia, se hubiese acercado un tercer interlocutor á decirme: *Alfonso dentro de un cuarto de hora adórarás á Jesucristo tu Dios, y Salvador, y postrado en una pobre iglesia te darás golpes de pechos á los pies de un Sacerdote en un Convento de Jesuitas, donde pasarás el Carnabal para prepararte al Bautismo, y estar pronto á inmolarle por la fé católica. Renunciarás al mundo, á sus pompas, y placeres, á tu fortuna, á tus esperanzas, y á tu porvenir. Renunciarás tambien, si es preciso, á tu desposada, á la afecion de tu familia, á la estimacion de tus amigos, á la adhesion de los judios...y solo aspirarás á seguir á Jesucristo, y llevar su cruz hasta la muerte...*; digo, que si alguno me hubiera hecho tal prediccion, habria creido que solo podia ser mas insensato, que el hombre capaz de creer en la posibilidad de esta locura! Pues esta misma locura, es la que hoi constituye mi sabiduria y mi felicidad.

Al salir del café me encontré con el coche de M.^r Teodoro de Bussierre; lo hizo parar, y me convidó á subir para dar un paseo. Como el tiempo era magnífico accedí

con gusto; pero M.^r de Bussierre me pidió permiso para detenerse unos minutos en la iglesia de S. Andres de los Hermanos, que estaba casi á nuestro lado, y donde tenia que evacuar cierto encargo. Aunque me propuse que lo esperase en el coche, preferí salir por ver la iglesia. Actualmente estaban haciendo preparativos fúnebres, é informándome del nombre del difunto que iba á recibir los últimos honores; me respondió M.^r de Bussierre: *es uno de mis buenos amigos, el Conde La Ferronnays. Su muerte subita es la causa de la tristeza, que sin duda habrá U. notado en mi hacen dos días.*

Como no coñocía á M.^r de La-Ferronnays, y ni aun le habia visto, no sentí otra impresion, que aquella pena vaga que causa siempre la noticia de una muerte repentina. M.^r de Bussierre se separó de mi para ir á retener una tribuna destinada á la familia del difunto.—*Tenga U. un poco de paciencia, me dijo al subir al claustro, pues dentro de dos minutos estoi de vuelta.*

La iglesia de S. Andres es pequeña, pobre, y desierta; me parece que estaba casi solo...ningun objeto artistico me atraia la atencion; dirijia maquinalmente la vista, sin fijarme en ningun pensamiento; y solo me acuerdo que un perro negro saltaba, y brineaba delante de mi: : Repentinamente desapareció el perro, la iglesia entera desapareció tambien, y ya no ví cosa alguna...ó mas bien ¡O Dios mio solo ví una cosa...!!!

¿Cómo podría hablar de ella? Ah! la palabra humana no debe atreverse á espresar lo que es inesplicable; cualquiera descripeion por sublime que fuese, seria una profanacion de la inefable verdad. Yo me hallaba postrado, bañado en lagrimas, y se me salia el corazon; cuando M.^r de Bussierre me hizo volver á la vida. Yo no podia responder al tropel de sus preguntas; pero al fin, asiendo la medalla que tenia en el pecho, besè con la mayor efusion la imagen de la Virgen radiante de gracia:: Oh! era ella misma la que acababa de ver! No sabia donde estaba, si

era Alfonso ú otro; sentia tal cambio que me creia otro: : Me buscaba y no me hallaba...La alegría mas viva inundaba toda mi alma; no podia hablar no queria revelar nada; cierta voz solemne y sagrada que sentia en mi interior, me hizo al fin pedir un sacerdote: : Me condujeron á él, y solo despues de haber recibido su orden positiva, hablé como me fué posible; de rodillas, y palpitándome fuertemente el corazon.

Mis primeras palabras fueron palabras de reconocimiento á M.^r de La-Ferronnays, y á la Archicofradia de N. S. de las Victorias. Sabia de un modo evidente que M.^r de La-Ferronnays habia rogado por mi; (*) pero no podré decir como lo supe ni tampoco dar cuenta de las verdades, cuya fé y conocimiento habia adquirido. Solo podré decir que el momento en que la Virgen me hizo la señal, cayó la venda de mis ojos. No solo una venda, sino la multitud de todas las que me cubrian desaparecieron sucesiva y rápidamente, como la nieve, el lodo y el yelo se deshacen bajo la accion de un sol ardiente.

Yo salia de un sepulero, de un abismo de tinieblas y estaba vivo, perfectamente vivo...pero yo lloraba! Veia en el fondo del abismo las espantosas miserias de que me habia sacado una misericordia infinita. Me estremecia á la vista de mis iniquidades, y estaba lleno de asombro, enteramente agoviado bajo el peso de la admiracion y del reconocimiento: : Pensaba en mi hermano con una alegría indecible; pero á mis lagrimas de amor se mezclaban lagrimas de compacion. Ah! se me representaba esa multitud de hom-

(*) Se sabe que el Señor Conde de La-Ferronnays, despues de haber edificado á Roma con sus virtudes y con la piedad que hizo brillar en los últimos años de su vida; murió repentinamente el 17 de Enero por la noche. El dia antes habia comido en casa del Príncipe Borghese con M.^r de Bussierre que recomendó el jóven Israélita á las oraciones de M.^r de La-Ferronnays, vivamente interesado en esta conversion.

bres que descienden tranquilos al abismo con los ojos cerrados por el orgullo y por la indiferencia...que descienden y se dejan absorber vivos en las horribles tinieblas: :: Mi familia, mi desposada, mis pobres hermanas!!! Horrible ansiedad! En ti es en quien pensaba, en ti a quien amo tanto! En vosotros todos fué en quienes emplee mis primeras oraciones: :: Por ventura ¿no levantareis los ojos acia el Salvador del mundo, cuya sangre ha lavado el pecado orijinal? Oh! que espantosa es la impresion de esta horrible mancha que hace enteramente desconocida la criatura formada á la imagen de Dios! Se me preguntará como es que llegué yo á comprender estas verdades, no habiendo abierto jamas un solo libro de religion, ni leído una sola pajina de la Biblia, y cuando por otra parte el doema del pecado orijinal, totalmente olvidado ó negado por los judios en nuestros dias, no habia ocupado mi pensamiento; què digo? cuando dudo si habia llegado á oír su nombre. ¿Cómo es pues que llegué á este conocimiento? No podré decirlo. Lo único que sé es que al entrar en la iglesia, lo ignoraba todo, y que cuando salí, veía con claridad. No podré explicar esta transformacion sino con la comparacion del hombre á quien se despierta súbitamente de un sueño profundo, ó con la analogia del ciego de nacimiento, que repentinamente llega á ver la luz. Vé, pero no puede definir esa misma luz, que lo alumbraba, y en el centro de la cual contempla los objetos de su admiracion. Si no es posible explicar la luz fisica ¿cómo se podrá explicar esta otra luz, que en el fondo no es mas que la misma verdad? Creo que no me equivocaré, si digo, que aunque no tenia conocimiento de la letra, entreveía el sentido y el espíritu de los doemas. Sentía estas cosas mas de lo que las veía; y las sentía por los efectos inesplicables que produjeron en mí. Todo pasaba en mi interior; y estas impresiones, mas rápidas mil veces que el pensamiento, mil veces mas profundas que la reflexion, no solo habian conmovido mi alma, sino que la habian vuelto y dirigido en otro sentido, hacia otro fin y hacia una nueva vida.

Me esplico mal; ¿pero como quiere U. Señor que encierre en palabras poco espresivas y aridas, sentimientos que el corazon mismo puede apenas contener? Mas preesindiendo de lo insignificativo é ineesacto de mi lenguaje, el hecho es que me encontraba como un ser desnudo, como una tabla rasa: : El mundo habia desaparecido para mi, las prevenciones contra el Cristianismo no esistian ya, no quedaba ni aun vestijio de las preocupaciones de mi infancia. El amor de mi Dios habia reemplazado de tal modo á todo otro amor, que mi desposada misma se me presentaba bajo un nuevo punto de vista. La amaba como se puede amar un objeto que Dios tiene entre sus manos, como un don precioso que nos hace amar mas al donador. Conjurè á mi confesor el R. P. de Villefort, y á M.^r de Bussierre, para que guardasen un secreto inviolable sobre lo que me habia sucedido. Quise sepultarme en el convento de la Trapa, y no ocuparme mas que de las cosas eternas; temi que mi familia y mis amigos me creyesen loco y me ridiculizacen; y crei por lo mismo que el partido mas seguro era sustraerme enteramente al mundo, á sus hablillas, y á sus juicios.

Pero los superiores eclesiásticos me hicieron comprender que el ridiculo, las injurias y los falsos juicios del mundo forman en parte el caliz del verdadero cristiano. Me esortaron a beber este caliz, advirtiéndome que Jesucristo habia anunciado á sus discipulos los trabajos, los tormentos y suplicios. Lejos de desalentarme con tan graves razonamientos, se aumentó mi gozo interior; me senti dispuesto á todo, y solicité con ansia el Bautismo. Mas como querian diferirlo esclamè: *¿es posible que cuando los judios, por haber oido la predicacion de los Apóstoles fueron inmediatamente bautizados, quieren UU. señalar otro dia para el bautismo á mi, que he oido á la misma Reyna de los Apóstols?* Al fin mis emociones, mis deseos vehementes y mis súplicas rindieron a los hombres caritativos que me habian acogido; y me hicieron la promesa para siempre feliz del Bautismo! Al encontrarme tan horrible a la presencia de Dios,

casi no podia esperar el dia señalado para el cumplimiento de esta promesa; ¡pero que bondadosa caridad la que se me manifestó durante los dias de mi preparacion! Habia entrado en el Convento de los PP. Jesuitas para vivir en el retiro, bajo la direccion del R. P. de Villefort, que nutria mi alma con todo lo que la palabra divina tiene de mas suave y lleno de uncion. Este hombre de Dios, no es un hombre, es una personificacion de la caridad celestial! Pero apenas habia abierto los ojos, cuando descubri en torno de mi otros muchos hombres de esta especie, en quienes ni aun reparo el mundo. Dios mio! que bondad, que delicadeza y gracia en el corazon de estos verdaderos cristianos! El V. P. J.¹ de los Jesuitas venia todas las tardes á mi cuarto, y derramaba en mi alma un bálsamo del cielo. Al escuchar sus palabras, me parecia que estas se abrian y ensanchaban mas. Tanta era la alegría, luz y vida, de que me llenaban!

Este sacerdote tan humilde y poderoso al mismo tiempo, podia haber escusado hablarme; porque sola su vista producía en mi el efecto de la palabra. Hoi mismo basta recordarlo para sentir en mi el efecto de la presencia de Dios, é inflamarme en el mas vivo reconocimiento; reconocimiento que no puedo espresar porque necesitaria un corazon duplicado y cien bocas para significar cuan grande es el amor que siento á estos hombres de Dios, á M.^r Teodoro de Bussierre, que ha sido el ángel de Maria, y á la familia de La-Ferronnays á quien profeso un respeto y cariño superior á toda espresion!

Llegó por fin el 31 de Enero; y no fueron ya algunas almas, sino una multitud innumerable de almas piadosas las que me rodearon, por decirlo así, con su ternura y simpatía! Cuanto desearia conocerlas, para espresarles toda mi gratitud! Ojala que ellas rueguen siempre por mi, como yo ruego siempre por ellas! O Roma! que abundancia de gracias encontré en tu seno!

La madre de mi Salvador lo habia dispuesto todo de antemano, haciendo venir alli un sacerdote frances, para

que me hablase mi lengua materna en el momento solemne del Bautismo. Este sacerdote era M.^r Dupauloup, cuyo recuerdo, mientras me dure la vida, estará unido á las emociones mas vivas que he sentido. Dichosos los que le oyeron! Porque los ecos de esa poderosa palabra, repetida despues, no producirán jamas el efecto de la palabra misma. Oh! Yo sentia que esa palabra era inspirada por la misma que hacia el asunto del discurso.

No referiré las cosas concernientes á mi bautismo, mi confirmacion y mi primera comunión; gracias inefables que recibí juntas en aquel dia de manos de su Emin.^a el Cardenal Patrici, Vicario de SS.

Tendria mucho que estenderme si quisiese expresar todas mis impresiones, si repitiese todo lo que he visto, oído y sentido...si recordase sobre todo la caridad que se me ha prodigado. Nombraré solamente aqui al Em.^{mo} Cardenal Merzofante...personaje ilustre, á quien el Señor ha dotado del don de lenguas, como recompensa justa de un corazon que se comunica á todos. No me faltaba ya mas que el último consuelo.

Sin duda que no se ha olvidado cuan grande era mi deseo de ver al S.^{to} P; deseo, ó mas bien curiosidad que me habia retenido en Roma. Pero ¡cuan lejos estaba de preveer las circunstancias con que se cumpliria este deseo! Yo fui presentado al Padre de todos los fieles en calidad de hijo de la Iglesia, recién nacido. Desde el momento de mi bautismo empezé á sentir hacia el Soberano Pontífice las afecciones de respeto y de amor, propias de un hijo para con su padre. Me consideré pues feliz cuando se me anunció que seria presentado en aquella audiencia a la sombra del R. P. J.¹ de los Jesuitas; pero ¡temblaba tambien, porque jamas me habia presentado a los grandes del mundo, y esos grandes me parecian muy pequeños en comparacion de aquella verdadera grandeza. Confieso que todas las majestades del mundo me parecieren concentradas en el que posee aqui abajo todo el poder de Dios, en el Pontífice, que por una sucesion no inter-

rumpida se remonta hasta S. Pedro, en el sucesor de Jesucristo mismo, cuya silla incommóvible ocupa en la tierra.

Jamas olvidaré el temor, y las fuertes palpitaciones de mi corazón al entrar en el Vaticano; al atravesar tantos patios espaciosos, tantos salones imponentes, que conducen al Santuario del Pontífice. Pero todas estas ansiedades cesaron, é hicieron lugar a la sorpresa y al asombro, cuando lo vi á él mismo, tan sencillo, tan humilde, y tan afectuoso! No era un Monarca, sino un padre lleno de bondades para tratarme como á un hijo mui amado.

¡Dios mio! ¿Será lo mismo cuando en el último dia de mi vida tenga que comparecer en vuestra presencia á dar cuenta de las gracias recibidas? Ah! el pensamiento de las grandezas de Dios nos hace temblar, y su justicia nos llena de temor! Pero á la vista de su misericordia, renace la confianza, y con la confianza el amor, y un reconocimiento ilimitado.

Reconocimiento! Tal será en adelante toda mi existencia, toda mi lei! Lo espreso con palabras, pero procuraré espresarlo tambien con mis obras...Las cartas de mi familia me dejan en completa libertad; yo la consagro á Dios y se la ofrezco desde ahora, con mi vida entera, para servir á la Iglesia y á mis hermanos, bajo la proteccion de Maria (*).

Maria Ratisbona.

Estracto de los anales de la Archicofradia del Santísimo é inmaculado Corazon de Maria.

(*) Nota del traductor= Se sabe que Ratisbona tomó el hábito de Jesuita, y ecsiste en el Convento de Tolosa.

DECLARACION

Auténtica de la milagrosa conversion de Alfonso Maria Ratisbona. ()*

El mundo católico, que con tanta admiracion, como placer supo la maravillosa conversion de Alfonso Maria Ratisbona obtenida de la Divina Omnipotencia por la Santisima Virjen, no leerá con menor gusto el precioso documento, que dá á este hecho la autenticidad del *milagro*.

EN EL NOMBRE DE DIOS. AMEN.

En el año de N. Señor y Salvador Jesucristo 1842, de la indiccion romana el 43, del Pontificado de N. S. P. Gregorio XVI el 42.º, el tercer dia de Junio. En presencia del E.º y R.º Señor Constantino Cardenal Patrici, Vicario Jeneral de N. S. P. el Papa en la Ciudad de Roma, Juez ordinario de la Corte Romana, y de su Distrito; compareció el R.º Francisco Anivitti, Promotor fiscal ante el Tribunal del Vicario, especialmente delegado por el E.º y R.º Cardenal Vicario, con el objeto de inquirir y examinar los testigos relativos á la verdad y autenticidad de la maravillosa conversion del judaismo á la Religion Católica que por la intercesion de la Bienaventurada Virjen Maria obtuvo Alfonso Maria Ratisbona, de Strasburgo, de edad de 28 años, hallándose entonces en Roma. El citado Promotor de-

(*) Ha parecido oportuno añadir á la traduccion del original frances esta pieza, que ha llegado á nuestras manos al tiempo de concluirse la impresion: élla está copiada de la obra titulada *El Reparador, ó continuacion de la voz de la Religion, Tomo 3.º*, impresa en Madrid en 1842.

claró haberse aplicado con todo el celo y solicitud, de que es capaz, á llenar los deberes, que se le encargaron, y que él aceptó gustosamente; y dijo haber sometido á un formal eesámen hasta nueve testigos, quienes jurídicamente interpe- lados mostraron en su relacion sincera una admirable una- nidad en todo lo concerniente, tanto á la sustancia, co- mo á los demas extremos de este portentoso suceso. Portan- to: asegura haberse convencido de que nada resta que de- sear, para reconocer en él los caracteres de un verdadero milagro; pero deja sin embargo la decision completa del nego- cio á Su Emn.^a, quien despues de vistas y eesaminadas las actas, interrogatorios y documentos, se dignará interponer su decreto definitivo, segun lo juzgue conveniente en el Señor.

En consecuencia, oído el informe y tomado conoci- miento del proceso, vistas las declaraciones de los testigos y demas pormenores, considerados estos con atencion y madu- rez, consultado el parecer de Teólogos, y otros piadosos varo- nes, segun la forma indicada por el Concilio de Trento, (Secc. 25, sobre la invocacion y veneracion de los Santos, y sobre sus reliquias y sagradas imajenes); el E.^{mo} y R.^{mo} Cardenal Vicario en la Ciudad, dijo, pronunció y declaró en definitiva, que consta plenamente el verdadero é insigne Milagro, que obró Dios Omnipotente por intercesion de la Bienaventurada Virjen Maria en la conversion instantanea, y perfecta de Alfonso Maria Ratisbona, israelita. Y siendo honroso revelar y confesar las obras de Dios, se digna Su Emn.^a con- ceder, que para mayor gloria de Dios y acrecentamiento de la devocion de los fieles hácia la B. V. Maria, pueda im- primirse y publicarse, y tener autoridad la relacion de es- te insigne milagro.

Dado en el Palacio del mismo E.^{mo} y R.^{mo} Car- denal, Vicario de la Ciudad, y Juez ordinario, el dia, mes y año arriba dichos.—C. Cardenal Vicario, Camilo Dianni- lla, Notario Diputado—Concuerta con el orjinal.—José Can. Tarnassi, Secretarió—Lugar del Sello.

FE DE ERRATAS.



<u>Paj.</u>	<u>Lin.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
1	11	particularnente.	particularmente.
2	21	oficina de las dilijencias	despacho de id.
4	12	le presentó	le presento.
4	17	carjadas	carcajadas.
4	30	impertiniente	impertinente.
5	30	obtaculos	obstáculos.
5	32	decidiéndose	decidiéndome.
6	14	oficina de las dilijencias	despacho de id.
7	28	este joven	ese jóven.
8	8	cuadros al fresco	cuadros al olio.
9	33	habia	habria.
15	32	reglones	renglones.
16	12	de los amigos de Dios	de todos los amigos de Dios.
17	16	Immaculada	Inmaculada.
19	9	profesion de fé	su profesion de fé.
20	9	inmediato	inmediata.
22	16	adivinando	adivinado.
22	28	humidemente	humildemente.
23	16	á é	á él.
26	6	veces	vozes.
36	19	libro	librero.
38	2	P.	por.
29	9	sencillas	semilla.
51	24	sanginario	sanguinario.
59	26	Renunciurás	Renunciarás.

